GUILLERMO COTTO-THORNER

CAMINO DE VICTORIA

IHS

BX
6333
.C67
C3

SERMONES

6.2E.51

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

PRESENTED BY

The Author

BX 6333 .C67 C3
Cotto-Thorner, Guillermo.
Camino de victoria

Guillermo Cotto-Thorner

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 22 1951
THEOLOGICAL SEMINARY

CAMINO DE VICTORIA

(Sermones)

New York
1 9 4 5

EL AUTOR

El Rdo. Guillermo Cotto-Thorner, B.A.; B.D.; (Universidad de Puerto Rico; Colgate Rochester Divinity School), ha servido en el pastorado de varias iglesias en Puerto Rico. En los Estados Unidos ha trabajado como ministro asociado en varias iglesias de habla inglesa, y como pastor de la Iglesia Bautista Central Mexicana en Milwaukee, Wis. Actualmente pertenece al cuerpo de ministros de la Primera Iglesia Evangélica Española de Nueva York.

PRECIO: UN DOLAR

ES PROPIEDAD

Copyright, 1945, by

GUILLERMO COTTO-THORNER

209

DEDICATORIA

Para Mi Padre,

HIPOLITO COTTO REYES:

varon de fe;

Predicador del Evangelio

de Jesucristo.

CONTENIDO

Página

Introducción 7

Camino de Victoria 11

Humilde Sabiduría de la Iglesia 23

Tragedia de la Indecisión 35

La Vida Eterna 45

Siendo Vencedores del Miedo 53

Comunión Invisible con Cristo 67

El Evangelio es Democrático 81

Razón y Gloria de las Misiones 93

Pausa que Identifica 105

Ante las Curvas de la Vida 119

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/caminodevictoria00cott

INTRODUCCION

Publicamos esta pequeña colección de sermones con sólo un propósito, a saber: tratar de llevar inspiración a los que ya conocen a Jesucristo, y ayudar a traer al conocimiento de la Verdad a aquellos que sienten en su interior hambre y sed de paz, justicia y redención.

No son éstos sermones de radio; tampoco son ensayos literarios o discursos de asamblea. Son sencillamente pláticas pronunciadas desde la sagrada tribuna del púlpito evangélico en servicios regulares de la iglesia.

G. C. T.

CAMINO DE VICTORIA

"Jesús dice: Yo soy el camino . . ."

Juan 14:6

"Porque todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe."

I Juan 5:4

"...a Dios gracias, el cual hace que siempre, triunfemos en Cristo Jesús."

II Corintios 2:14

CAMINO DE VICTORIA

'VICTORIA' es la palabra del día. Es el símbolo internacional de los pueblos que luchan contra el monstruo totalitario. Hablar de victoria es como hablar de un mundo mejor. Y en medio de la crisis en que vivimos nos damos a soñar con el mañana, y soñando nos arrancamos del suelo y de toda realidad. Soñamos como soñaba Ezequiel en las riberas del Eufrates durante su cautiverio; como soñaban los cautivos israelitas que veían florecer el desierto . . .

Toda crisis produce sueños y bellas ilusiones. Juan, en su destierro en Patmos tuvo su mística visión apocalíptica; San Augustín, en su agonía espiritual soñó con la Ciudad de Dios; Sir Thomas Moore, después de la desolación de la Guerra de las Rosas, soñó con su célebre Utopía; Francis Bacon, en medio de la angustia de sus días concibió su Nueva Atlántida; y aún en nuestra generación, ¿no hemos acaso leído los sueños y las 'profecías' de Huxley, Bellamy, Wells, y otros? Y precisamente en la actualidad, ¿no han venido a nuestras manos innumerables planes y proyectos para reconstruir al mundo y 'ganar la paz'?

El mucho soñar nos divorcia de la realidad, nos deshumaniza, y nos hace padecer. Nos hace vivir en un mundo anémico y artificial, en un mundo sin sólidos cimientos. No se puede ser exclusivamente soñador y a la vez hombre de conquistas; es preciso un balance como el que hallamos en José, nuestro amigo del Viejo Testamento. Nos estamos dejando marear con los muchos sueños, y por eso sufrimos nuestros temores y nuestras vacilaciones. Bien podríamos repetir con la mujer de Pilato:

". . . hoy he padecido muchas cosas en sueños." (Mat. 27:19)

El conocido novelista George Moore, presenta en una de sus obras el caso de unos campesinos irlandeses que con el fin de que tengan trabajo son llevados a un lugar semi-desierto para que construyan caminos alrededor de los pantanos. A lo que el novelista añade: "El camino que no conduce a ningún sitio es difícil de construir, aunque hombres ansiosos de trabajar se dediquen a la tarea. Para que el hombre trabaje bien es necesario un propósito, un ideal a la vista." Muchos de nuestros sueños y proyectos para la post-guerra se parecen a la labor infecunda de los obreros irlandeses. Estamos construyendo caminos alrededor de los pantanos que nos rodean, y mientras más nos agotamos en nuestras labores, menos conseguimos, porque sólo logramos añadir nuevas curvas y revueltas al ya enmarañado laberinto en que nos encontramos.

Pensemos en estos momentos, no sencillamente como patriotas que estamos ofreciendo nuestra contribución para el logro del triunfo en el conflicto actual, sino como partícipes de un tipo de vida que, abarcando al patriotismo, lo supera, ampliando las perspectivas de paz, justicia, y bienestar general hasta abarcar a todos los hombres y a todos los pueblos. Al considerar nuestro anhelo de salir victoriosos, tres preguntas demandan nuestra atención al instante. Primero, ¿victoria sobre qué? Segundo, ¿victoria por qué medios? Tercero, ¿victoria de qué alcances?

Toda campaña de propaganda es parcial. De ahí que la propaganda que tan eficientemente se está inyectando al pueblo en estos días tenga sólo un fin: acelerar la victoria político-militar sobre el hitlerismo y la forma totalitaria de gobierno. Sin embargo, con la proximidad de esa victoria sentimos nuestros temores al asomarnos al porvenir. Presentimos que la victoria militar no realizará los ideales por nosotros soñados; y la voz que desde adentro así nos habla es el eco puro de la verdad.

Los pueblos han ido a la guerra porque el hombre tiene el

espíritu enfermo. Por no haber podido vencer en sus batallas personales e íntimas, su derrota personal ha degenerado en lucha cruel entre los pueblos. Cuando el corazón del hombre ha estado rebosante del veneno del mal, ese ácido diabólico se ha mezclado con el compuesto pecaminoso también rebosante en el corazón del prójimo, produciendo la explosión bélica que hoy todos lamentamos. La causa de la guerra hay que buscarla en el corazón del hombre y no en las apariencias del momento o en los subterfugios de la audacia humana.

No es la victoria de la sangre y de la química lo que se necesita, sino la victoria de lo espiritual sobre las fuerzas del mal. 'Victoria' ha dejado de ser una simple ensoñación y se ha convertido, gracias a la presión trágica del momento, en imperativo ineludible. Pero esa victoria tiene que empezar 'por casa', tiene que emanar y desarrollarse primeramente dentro de cada uno de nosotros, antes de que sus frutos puedan derramarse generosamente sobre la faz del planeta ofreciendo a los pueblos las bendiciones de un mundo mejor.

Se dice por ahí que no importa lo que el hombre crea, que las creencias no tienen que ver con la conducta del hombre. ¡Pero esto es falso y bochornoso! El hombre actúa a base de sus creencias y son éstas la brújula que orienta su conducta y sus aspiraciones. Cada hombre se rige por un código interno, no escrito, de actitudes y convicciones que a su vez forma el carácter y la personalidad individual. Las creencias son el dinamismo oculto que impulsa la vida en todas las variantes de la experiencia humana.

¿Victoria sobre qué? Antes de contestar a la ligera hagamos voto de introspección, y escudriñemos nuestro panorama invisible. Para empezar digamos que el hombre necesita una victoria decisiva sobre el orgullo. La arrogancia es pecado básico del hombre. El nórdico créese superior al judío, y así justifica su anti-semitismo; el japonés créese investido de una misión espe-

cial entre los hombres, y sobre ésto basa sus actos de conquista; el norteamericano blanco (en términos generales) créese superior al negro, y a base de tan imperdonable falacia, le niega al hombre de color las mismas oportunidades que él como ciudadano disfruta en completa libertad.

Necesitamos la victoria sobre el orgullo racial, y también se 'hace fuerza' una radical victoria sobre el orgullo intelectual, sobre esa pedantería callejera de sofísticos y charlatanes que por haber malamente leído dos o tres obras, créense dominar todos los secretos del universo. El hombre que carece de humildad intelectual está meramente usando un mecanismo para defenderse de la realidad que lo acosa y le grita desde adentro: tú eres sólo un ignorante.

Otra rama del orgullo que tenemos que vencer es el orgullo religioso. Esa pose irreverente de creernos más santos que nadie, ese fanatismo que a veces nos ciega, ese chauvinismo sectario, todas esas manifestaciones ajenas al espíritu de Jesús hay que arrancarlas de raíz. Sectas, iglesias e individuos hay que viven en un mundo tan reducido y descolorido que por todos lados sólo exhiben una trágica frontera: la intolerancia. No se puede ser genuinamente cristiano e intolerante a la vez; el cristiano es tolerante porque ama, y amar es comprender.

Hay otras victorias que tenemos que lograr si de veras deseamos laborar por un mundo mejor. Necesitamos victoria sobre las falsas doctrinas que han alejado al hombre de la verdad, sobre la pretendida suficiencia del hombre, sobre la falta de respeto hacia Dios . . . sobre la tiranía, sobre el crimen, sobre el desenfreno sexual, sobre el dinero, sobre la sed de gloria humana, sobre el hambre de poder, sobre el desempleo, sobre las trágicas desigualdades de la economía de la época, sobre el vicio . . .sobre la ignorancia, sobre el fanatismo, sobre el culto a la fuerza, sobre el grosero materialismo que se nos presenta con traje de ciencia, sobre el menosprecio de la personalidad . . . sobre el pesimismo,

sobre el desencanto, sobre las tentaciones que a diario nos acosan, sobre la cobardía, sobre el falso concepto del placer. En resumen, amigos míos, necesitamos una radical victoria sobre el pecado.

Y en términos de la vida internacional, la victoria que se impone es la victoria total y decisiva sobre el monstruo del imperialismo. Lincoln Stephens nos narra un incidente de gran significado ocurrido durante la conferencia de París en 1919. Dice que Clemenceau, poniéndose de pie dijo: "Un momento, caballeros, habeis hablado sobre una paz permanente, y yo estoy muy interesado en el asunto. Pero, ¿habeis pensado en el precio de tal cosa? ¡Bien! Si quereis evitar todas las guerras futuras, tenemos todos que liquidar nuestros imperios y nuestros designios imperialistas. Usted, Mr. Lloyd George, tendrá que salir de la India; nosotros los franceses tendremos que salir del Norte de Africa; y ustedes los americanos, Señor Presidente, tendrán que salir de las Filipinas y de Puerto Rico, y dejar solos a los cubanos y a los mexicanos . . . Tendremos que derribar las barreras tarifarias, y abrir el mundo entero al comercio libre . . . Y aún habrían otros sacrificios que nosotros, los poderes dominantes, tendríamos que hacer . . ."

El hombre contemporáneo ha levantado altares en su corazón se ha postrado ante dioses de poca valía y mucha limitación; ha gastado sus energías en ejecutorias negativas, y hoy, al considerar el imperativo de una victoria real, se ve en la necesidad de derrumbar los viejos altares y reconstruir los interiores de su corazón. Si ha de haber victoria, esta habrá de efectuarse de adentro para afuera: como fuente cuyas aguas refrescantes brotan a raudales de los remansos invisibles de la tierra.

En cierta ocasión se le preguntó a un actor la diferencia entre actores y predicadores, a lo que respondió: "El actor habla sobre cosas imaginadas como si fueran reales; mientras que el predicador habla sobre cosas reales como si fueran imaginarias." ¡Lejos esté de cualquier ministro ocupando el púlpito sagrado presentar

el Evangelio como cosa de quimera! Hay demasiado realidad en el cristianismo para restarle valor por medio de un imaginismo barato y contraproducente. Una de las maneras que tenemos de desvirtuar la realidad del Evangelio es la política negativista hacia la cual nos inclinamos a veces. Conozco personas no-evangélicas para quienes ser evangélico equivale a reducir la vida a una serie de reglamentaciones superficiales y sin sentido. Y la culpa de tan torcida opinión es en gran parte nuestra. Personas hay a millares que creen que el Evangelio es "no hacer esto", "no hacer aquello", o "no hacer esto otro". Sin embargo el secreto del mensaje evangélico descansa en actitudes positivas. Lo que distinguió a Jesús no fué haber impuesto un nuevo código de estatutos y prohibiciones en sustitución de la ley hebráica, sino haber inspirado al hombre mediante su vida, su ejemplo y su verbo, a llenar su corazón de la paz divina, a redimirse del mal, a superarse, y a volcarse en amor hacia Dios y la humanidad. Al hablar de victoria hablamos de algo positivo, creador, inspirador, posible. No hablamos de lo imaginario como si fuera real; estamos parados sobre el sacrosanto terreno de la verdad.

El desarrollo de nuestro pensamiento nos empuja hacia la otra pregunta: ¿Victoria por qué medios? ¿De qué modo podrá sobreponerse el hombre a esas bajas pasiones que lo conducen a la guerra, a la competencia al degüello, a la rivalidad constante, al desasosiego interior que es tan sintomático del momento en que vivimos? ¿Podrá esto ser realizado por tratados internacionales, por convenios entre poderes, por pactos secretos, por un ejército internacional, por una liga de naciones, por un tribunal mundial de arbitraje, por la extensión de las vías comerciales, por intercambios culturales, o por medio de cruzadas de 'confraternidad y justicia'? La respuesta la encontramos en el testimonio de la historia. Razón tuvo el Primer Ministro de Inglaterra hace días, al decir que la Liga de Naciones "pudo haber sido un

éxito . . ." Sí, pudo haberlo sido, pero fracasó, no a causa de su estructura política (a pesar de sus muchas deficiencias), sino porque sus fundamentos éticos y espirituales eran lamentablemente defectuosos.

Y la guerra, ¿puede ésta ofrecer al hombre esa victoria personal que es médula y corazón de la vida buena? Que contesten los veteranos de las guerras pasadas, o los hombres que a diario regresan del frente de batalla. ¡Y que conteste otra vez la historia! La violencia no transforma corazones ni encamina hacia Dios. El hombre, para superar al animal, tiene forzosamente que valerse de la eterna dinámica del espíritu. Ajustado estaba el profeta Isaías al exclamar: "Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos, y ponen su esperanza en carros, y en caballeros porque son valientes . . . y no miraron al santo de Israel ni buscaron a Jehová. Los egipcios hombres son, y no Dios, y sus caballos carne, y no espíritu." (Is. 31)

Se deja sentir en el aire un marcado pesimismo con relación a los quijotescos proyectos que a diario aparecen en torno a la post-guerra. Estamos casi rayando en infantilismo con nuestras quimeras. El caracter del hombre no se cambia a cañonazo limpio, ni se redime el corazón con lemas manidos y propaganda sutil. No son los documentos ni las organizaciones los determinantes del progreso, antes al contrario son la consecuencia de actitudes y corrientes invisibles que unen a los hombres en el logro de determinadas metas. El genio humano podrá vertir en forma literaria sus sueños más felices, sus filosofías más optimistas, pero mientras no se afronte el problema humano con honradez, y mientras no se señale con valor el común denominador que habrá de impulsar la realización de esos sueños y esas filosofías, en vano se piensa, en vano se habla, y en vano se actúa.

Si el cristianismo ha subsistido durante tantos siglos, y si su influencia ha sido tan marcada en el desarrollo de la cultura y en el desenvolvimiento ético y espiritual del hombre, no se ha

debido a la organización de la iglesia, ni a la teología formulada por doctos pensadores, ni a la complicada madeja de órdenes, sectas, concilios, jerarquías, obispados, leyes, reglamentos, y cuanta maquinaria política tomase el cristianismo de la Roma pagana. El secreto de esa vitalidad incomparable descansa en la poderosa revelación de Dios al hombre en forma directa, personal, íntima y creadora.

Desgraciadamente hacemos alarde de cristianismo muchas veces y con nuestras vidas negamos los más elementales principios de Jesús. Se llama esta una 'civilización cristiana', y a veces descubrimos en sus interiores más paganismo que en la corrompida Corinto de los tiempos paulinos. Gritamos con la multitud a las puertas de Jerusalem: "Hosana al que viene en el nombre del Señor"; y al día siguiente nos trasladamos junto a los balcones del gobernador colonial y gritamos a todo pulmón: "Crucifícale, crucifícale, y suéltanos a Barrabás." Pero a pesar de nuestras frecuentes traiciones Cristo sigue siendo el único medio que tiene el hombre para lograr esa victoria-verdad que tan fervorosamente anhelamos. Mientras retumba el cañón, y estallan las bombas, y silban los proyectiles, y mientras el mundo se cubre de sangre, de luto, de hambre, de peste, y de infamia, El está a la puerta y llama. El es el príncipe de la paz estable; El es el camino, el camino de la victoria.

Hemos formulado la pregunta incorrectamente. No es "¿victoria por qué medios?" sino ¿victoria por qué medio? Y la respuesta por sencilla nos colma de asombro. Leyendo a Bernard Shaw mi atención se detuvo ante estas palabras: "Yo no soy más cristiano que Pilato o que tú, amado lector. Sin embargo no vacilo en aceptar, después de haber estudiado la miseria humana por más de sesenta años, que no hay otro medio de salvación para este mundo que aquel que Cristo hubiese usado si él tuviese las riendas de la sociedad moderna." Y Bertrand Russell, escéptico de profesión, quien ha proclamado abiertamente su escepticismo

sobre Dios y la inmortalidad, ha hecho la siguiente manifestación: "Si todos los hombres tuvieran el valor de seguir el camino de Jesús, no habría necesidad de reformar al mundo política y económicamente. Toda reforma necesaria vendría automáticamente como resultante de la regeneración individual."

Allá entre las blancas montañas de la Suiza, en medio de la apacible serenidad del campo, se levanta graciosamente una capilla protestante. La capilla no se diferencia de la típica capilla reformista excepto en un detalle: no hay lámparas ni medio alguno de iluminación en el santuario. Pero al anochecer, cuando los campesinos vienen al servicio de adoración, cada uno trae consigo una lámpara encendida. Y cuando el sol ya se ha puesto, es un espectáculo maravilloso ver lucecitas viniendo de todas direcciones para convergir en aquel lugar sagrado de adoración. Al empezar el servicio, aquella capillita que parecía estar condenada a las tinieblas, resplandece alegremente porque cada feligrés ha sido en sí una luz.

Nuestro mundo yace en las tinieblas del espíritu, y el hombre aún no ha comprendido que por sus propios esfuerzos únicamente, jamás podrá forjar las lámparas que derramen las ansiadas claridades del bien, del amor, y de la paz. Pero Cristo continúa ofreciendo la luz de la verdad a fin de que iluminemos los senderos de nuestras vidas y para que el concierto de nuestras lámparas encencendidas con su llama divina, convierta nuestro planeta sombrío en centro de eternos resplandores de concordia y buena voluntad.

Y por fin nos preguntamos: ¿de qué alcances será esa victoria realizada en nosotros por Jesuscristo? La victoria y la paz que Cristo ofrece tienen en sí la misma eternidad de su personalidad y mensaje, no reconoce fronteras, ni épocas, ni los límites escasos de la historia. Así termina Romain Rolland su Declaración de la Independencia del Espíritu (publicada en L'Humanité a propósito de la firma de la paz en la Primera Guerra

Mundial). "De piel Apartemos el espíritu de esos compromisos, de esas alianzas humillantes, de esos servilismos ocultos. . . . Nuestro papel y nuestro deber es mantener un punto fijo, mostrar la estrella polar en el torbellino de las pasiones de la noche. . . . Ciertamente no nos desinteresaremos de la humanidad. Para ella trabajamos, pero para ella toda entera. No conocemos los pueblos. Conocemos el Pueblo—único y universal—, el pueblo que sufre, que lucha, que cae y se levanta, y que avanza siempre por el camino rudo, empapado en su sudor y su sangre: el pueblo de todos los hombres, de todos igualmente hermanos nuestros. Y a fin de que tengan como nosotros, conciencia de esa fraternidad, elevamos por encima de las luchas ciegas, el Arco de la Alianza—el espíritu libre, uno, múltiple y eterno." Pero lo que Rolland no dijo y nosotros con unción evangélica añadimos es esto: que el cimiento de ese Arco Divino tiene que ser Jesucristo, el príncipe de paz, el camino de la victoria. Amén.

HUMILDE SABIDURIA DE LA IGLESIA

"Mas la sabiduría que es de lo alto primeramente es pura, después pacífica, benigna, modesta, llena de misericordia y de buenos frutos no juzgadora, no fingida . . ."

Santiago iv—17

HUMILDE SABIDURIA DE LA IGLESIA

Ecclesiastés 9:14-15

Las pinceladas breves y un tanto más precisas de la Biblia tienen la inimitable cualidad de retratar la vida y sus misterios en forma aromoniosa, elegante, comprehensiva y elocuente. La Biblia es el libro de la eternidad y es a la vez la más maravillosa de todas las síntesis. En sus páginas se ofrece el cuadro del universo y del plan de Dios para el hombre, en estilo inconfundible, definido, exacto. El canon no entra—en términos generales—en el detalle pasajero, en la vana descripción de sucesos secundarios; sólo ofrece lo esencial, la realidad, la verdad; permitiendo al hombre que suplante con la mente lo que a la inspiración pareció más al alcance de las facultades humanas.

Dos versillos del Ecclesiastés son, en el caso de esta meditación, un ejemplo singular de esa divina cualidad de las Escrituras. En estos dos bien redactados 'telegramas del Cielo' se cuenta, alegóricamente, toda una épica inmortal. Omitiendo detalles, y con honda perspectiva histórica, se decide el autor trazar pinceladas firmes y definidas, y escribe:

> Había una pequeña ciudad, y pocos hombres en ella,
> Y un gran rey cercóla, y edificó contra ella
> Grandes baluartes.
> Sin embargo, fué descubierto en la ciudad
> Un hombre pobre y sabio
> El cual libró a la ciudad con su sabiduría . . .
> ¡Y nadie se acordaba de aquel pobre hombre!

La ausencia de adjetivos innecesarios, y la falta de ajena pala-

brería permiten que la idea, y no la filigrana lírica, predomine en la narración. De ahí que la idea, libre de entorpecimientos artificiales de forma, vuele cual flecha disparada y haga blanco directo en la mente y el corazón.

Los versillos en cuestión nos han hecho pensar en la función de la iglesia en el mundo. Permítasenos tomar licencia para componer una parodia oportuna:

> Había un mundo pequeño, y pocos "hombres," en él,
> Y un gran rey cercólo, y edificó contra él
> Grandes baluartes.
>
> Sin embargo, fué descubierta en el mundo
> La iglesia pobre y sabia,
> La cual libró al mundo con su sabiduría . . .
> ¡Y nadie se acordaba de aquella iglesia!

¡Una iglesia pobre y sabia la cual libra al mundo con su sabiduría! La idea bulle en nuestras mentes y nos hace meditar. . . . La iglesia económicamente pobre, pero sabia en el conocimiento de la vida y la experiencia de lo espiritual; escasa de recursos materiales, pero inmensamente rica en gracia y dádivas del Cielo; la iglesia humilde de los pobres, de los trabajadores, de los que sólo pueden ofrecer pequeñas moneditas ante el altar; pero a la vez la institución del tesoro más grande del universo, la iglesia de la sabiduría de lo alto, de esa sapiencia divina que es 'primeramente pura, después pacífica, modesta benigna, llena de misericordia y de buenos frutos. . . .'

Porque la iglesia de Cristo es esencialmente institución pobre. Su fundador y eterno guía nunca conoció ni quiso conocer las riquezas del mundo económico. Nació en la humilde compañía de las bestias; en vez de mecerse en cuna real, su cuerpecito recién nacido descansó en el tibio pajizal del pesebre de Belén; en vez de luces y antorchas de bienvenida, sólo el rayo de la estrella anunciadora introdujo luz por vez primera en su pupila. Así Jesús, durante su vida entre los hombres, a pesar de haber po-

dido disfrutar de todos los lujos de su civilización, vivió como hombre pobre y honrado, amante del trabajo y amigo de los trabajadores. Cuando fué a escoger a sus discípulos, no solicitó una lista de los más distinguidos y prominentes miembros de la sociedad, para hacer su selección. Se fué a orillas del mar y allí escogio la mayor parte de sus amigos, entre los pescadores toscos, pobres, humildes y sencillos. Cuando hubo terminado su selección, el grupo escogido era un núcleo de individuos pobres pero con las potencialidades latentes de una gran sabiduría.

Un día, durante su ministerio, se acercó un joven a Jesús y le dijo: 'Maestro bueno, ¿qué debo hacer para tener la vida eterna? Y Jesús, después de haberse cerciorado de la honestidad y buena moralidad del joven, y luego de haber notado que el joven provenía de las clases adineradas, le dijo: 'Una cosa te falta, ve, vende lo que tienes, y dálo a los pobres, y luego ven y sígueme.' Es decir, ve, traduce tu sed de eternidad en servicio y sacrificio ayudando a aquellos que sufren, y luego sigue en pos de mí. Jesús laboró en su ministerio bajo la premisa de que mientras más tesoros materiales se posee, más en peligro está el hombre de atrofiar su vida espiritual. El mismo nació pobre, su padre era un humilde carpintero judío, y su madre una sencilla y pura mujer ama de casa; sus amigos íntimos fueron pobres; su muerte fué la de un criminal de las clases más bajas, y su sepultura, una tumba prestada. . . .

Asimismo la iglesia primitiva no fué asunto de 'casino' ni de aristocracia exclusivista. Un grupo humilde de fieles congregado en Jerusalem 'en un mismo espíritu,' recibió con gloria la virtud del Espíritu Santo . . . y hubo tanta potencia en aquellos sencillos hermanos en la fe, que el mundo aún hoy se conmueve al meditar en sus hazañas realizadas en el nombre de Jesús. Fué de ahí que salió Pedro para decirle al cojo en las gradas del templo; 'No tengo oro ni plata, mas lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.'

perspectivas sociales a su doctrina, y los fieles calvinistas indirectamente endosaron la ambición acaparadora del capitalismo. Pero a pesar de todo, la iglesia pobre y sabia es la que a la larga se ha impuesto, y la que ha dado al cristianismo sentido de firmeza y actualidad.

Había un mundo pequeño, y pocos 'hombres' en él.
Y un gran rey cercó y edificó contra él
Grandes baluartes.
Sin embargo, fue descubierta en el mundo
La iglesia, pobre y sabia,
La cual libró al mundo con su sabiduría...

Nos preguntamos ahora nosotros, ¿en qué consiste esta sabiduría de la iglesia de Cristo? ¿Qué base tiene esa sabiduría que puede liberar al mundo del cerco que le ha impuesto el pecado, el egoísmo, el orgullo, la falta de misericordia...? ¿Cuál es la clave misteriosa de tan sublime realidad? Hagamos aquí una anotación importantísima antes de continuar: hablamos de la 'iglesia universal-invisible de Cristo,' no de las organizaciones y órdenes eclesiásticas. Nos referimos a la sabiduría humilde, modesta, anónima, de esa iglesia escondida en el mundo, de esa iglesia que no se juzga a base de apariencias sino mediante el testimonio de la vida cotidiana. Porque no todos los que asisten a los servicios religiosos y cuyos nombres aparecen en las listas de feligreses son necesariamente miembros de la iglesia pobre y sabia, liberadora de la humanidad. Pensamos en aquel núcleo sencillo y poderoso esparcido por el mundo, cuya potencia espiritual basta hace mover a las montañas: aludimos a aquel grupo olvidado que ha sabido de veras reconciliarse con Dios, sabiendo a conciencia que Dios no puede ser burlado.

Pues bien, el secreto de esa sabiduría, a nuestro juicio, es cuádruple. En primer lugar la iglesia de Cristo es sana porque posee una fe que salva: es decir, porque cree en el sacrificio expiatorio de Cristo y porque ha aceptado el hecho histórico y es-

piritual que Jesús fué crucificado a fin de ofrecer la salvación al hombre. Si fuésemos a buscar una frase que abacara el secreto del éxito de la cristiandad (a pesar de los innumerables enemigos que ha tenido que afrontar), ninguna sería más apropiada ni más justiciera que esta: una fe salvadora. La fe es cuestión de creer, cosa del hombre interior, asunto de comunión privada en los 'castillos interiores' del espíritu. Pero 'creer' sólo no basta; es menester modificar el vocablo en nuestro caso: es preciso creer profundamente, intensamente, lealmente, y hasta lo último! ¡Cuánta razón tuvo Cristo al decir: "Ninguno que poniendo la mano en el arado mira atrás es apto para el Reino de Dios." (Luc. ix-62). Una fe que salva: he ahí la principal premisa de la sabiduría de la iglesia. No hace mucho se le preguntó a H. G. Wells si él tenía alguna nueva sugerencia en torno al problema de las naciones en continua tensión, a lo que el gran escritor inglés contestó con esta interrogación: "¿Por qué no tratais el cristianismo?" El Sr. Wells tenía razón, hay en el cristianismo esa sabiduría y esa dependencia de Dios que podrá ofrecer a cada hombre del planeta una vida de paz y armonía. Y ese cristianismo, cuya sabiduría trasciende aún los ámbitos de la metafísica, está basada en el cimiento inconmovible de una fe salvadora en Jesucristo.

El segundo aspecto de la sabiduría de la iglesia se nutre en la realidad de que la iglesia es un núcleo de individuos que han pasado por la prueba del arrepentimiento. El cristiano se ha mirado a sí mismo, ha mirado el mundo creado por los hombres, y ha sentido sobre su conciencia el peso de la culpa. No sólo se ha reconocido culpable, sino que ha llorado su pecado. No ha sido arrogante en su reconocimiento de culpabilidad. Ha dicho como el humilde publicano de la parábola: "Señor, ten misericordia de mí, pecador," y ha ido de rodillas, implorando perdón, a la colina ensangrentada del Calvario.

Hablando con sus seguidores, así se expresó Cristo en cierta

ocasión: "Misericordia quiero y no sacrificio, porque no he venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento." (Mat. ix-13). Y en otra ocasión: "Os digo, que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventainueve justos que no necesitan arrepentimiento." (Luc. xv-7).

Una iglesia 'arrepentida' tiene en sus manos las llaves de la sabiduría, porque arrepentimiento implica humildad, y la humildad es virtud de la verdadera ciencia. El hombre sabio es humilde, el que siempre hace alarde de saber es necio pretencioso, ignorante sin remedio. Una fe que salva no puede germinar en el espíritu del hombre que no se ha decidido reconocer lo torcido de sus caminos. Una fe tal demanda una completa denunciación y renunciación del pasado pecaminoso; no es la broma tradicional de 'confesar' hoy lo que se hizo ayer con la idea de volverlo a repetir mañana.

El tercer ángulo de la sabiduría de la iglesia descansa en el hecho de que esta es una organización viviente, con visión social. El mandato de Jesús: "Haced pues frutos dignos de vuestro arrepentimiento" carga al cristiano con la responsabilidad de no vivir para sí mismo, sino darse en servicio a la humanidad. El cristianismo tiene su función social que desempeñar. Hay teólogos y pensadores que dicen que el predicador debe concretarse a 'predicar el evangelio'. Lo que ellos implican es que el predicador debe solamente ofrecer a su pueblo la teoría de la salvación. Pero estos buenos señores se olvidan que esa fe que salva y ese arrepentimiento que dirige al hombre hacia Dios, tienen que ofrecer ante el mundo la gloriosa evidencia de 'las obras.' Aún Cristo, frente a la multitud, no dedicó todo el tiempo a predicar y enseñar. Hubo un instante cuando él reconoció que era tiempo de comer, y que la congregación estaba hambrienta; y mandó a recoger los panes y los peces, para satisfacer la necesidad física de sus seguidores. La institución cristiana que no tiene programa social está siendo infiel a una de las demandas básicas del Reino

de Dios, y a la vez está demostrando no poseer el secreto de la sabiduría espiritual que liberta los pueblos y eleva los hombres.

Nos decía una mañana el Dr. Albert W. Beaven, ex-presidente del Colgate-Rochester Divinity School: "Reconocer la dificultad de conservar un balance religioso es una de las limitaciones de la mente del hombre. Estamos prestos a ver una parte antes que el todo, y habiendo visto sólo la parte llegamos arbitrariamente a la conclusión de que hemos visto la totalidad. Otro peligro es que cuando seleccionamos una parte, a veces seleccionamos aquello que está más cerca de nosotros y que más nos conviene. Tenemos que cuidarnos de no caer en estos errores de modo que nos encontremos enfatizando sólo una parte de la fe cristiana y creyendo que esta parte lo incluye todo."

Contrario a lo que creen muchos propagandistas, el evangelio no es esencialmente un 'movimiento social.' El evangelio es 'potencia de Dios para salvación de todo aquel que en El cree'; es proceso espiritual del hombre—del hombre en su soledad, en los claustros íntimos de su vida privada. Lo que sí resulta es que esa 'potencia de Dios' experimentada por el que cree, se transforma gloriosamente en impulso de servicio, en amor a los hombres, y en vocación de sacrificio. Por eso un buen cristiano no es sencillamente un ser "salvo" (teológicamente hablando), sino un hombre que ama la limpieza, el orden, lo atractivo. El cristiano se preocupa por la sociedad en que vive, por los problemas de su pueblo, su patria, y aún por los asuntos que a todos los humanos atañen, y en todo momento trata de hacer lo posible por aliviarlos. Digámoslo así: el cristianismo se desarolla en lo personal y secreto del hombre y se manifesta en las obras del creyente en su convivencia con el prójimo y en sus relaciones sociales en general.

En cuarto y último lugar, la sabiduría de la iglesia se debe a que ella vive llena del espíritu de Dios. Dice el libro de los Hechos de los Apóstoles que Pedro, el Día de Pentecostés pro-

nunció estas inmortales palabras ante cerca de tres mil personas, en Jerusalem: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos. . . ." (Hech. ii-38-39).

El Dr. A. Clayton Powell, Sr., ex-ministro de la Abyssinian Baptist Church de Nueva York, citaba en uno de sus sermones la contestación que el Decano Bosworth, de Oberlin, hiciera a la pregunta: ¿qué es el Espíritu Santo? A lo que el sabio Decano respondía. El Espíritu Santo es esa sensación de poder purificador de Dios en constante desarrollo dentro de nosotros mismos." Añadiendo el Dr. Powell: "Así como la savia surge en el árbol y produce el capullo, la flor, y el fruto, así el Espíritu Santo levanta al hombre espiritualmente muerto, y cambia totalmente su vida y sus acciones."

Una iglesia sin la virtud del Espíritu Santo es como una máquina sin combustible, como un cuerpo sin vida. El espíritu de Dios obrando en nosotros hará que esa fe que salva sea feliz realidad en el corazón; nos dará consuelo en medio de los sollozos de nuestro arrepentimiento, y promoverá en nosotros un mayor interés por aquellos nuestros prójimos que sufren y gimen en la desdicha.

> Y fué descubierta la iglesia,
> pobre y sabia,
> la cual libró al mundo con su sabiduría . . .

Hemos visto que la iglesia de Cristo, por tradición y necesidad es pobre. Y hemos también meditado en el secreto de la sabiduría de lo alto de la iglesia cristiana. Es cierto que la iglesia no posee recursos económicos para lanzarse en una campaña de carácter universal. En una sociedad como la nuestra, donde los individuos casi siempre son juzgados a base de lo que tienen y

no por lo que son, nuestra iglesia resulta ser como el hombre del Ecclesiastés, que por ser pobre, a pesar de poseer el secreto de la libertad, nadie se acordaba de él.

Una cosa es ser pobre, y otra cosa es ser víctima de la pobreza. Cuando Cristo dijo: ". . . las zorras tienen cavernas y las aves del cielo nidos donde pongan sus pulluelos, mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza," no lo dijo para invitar conmiseración o para que las almas débiles suspiraran el tradicional '. . . ay bendito' de nuestras mujeres. Lo dijo como un ejemplo varonil de su sacrificio por cumplir su misión de amor a la humanidad. Cristo siempre mantuvo, en sus actos y en sus palabras, la dignidad de la pobreza.

La iglesia ha recibido de Dios la prueba de ser pobre y la virtud de la sabiduría. Con esto, lo que resta es emprender la labor de liberación. No hay duda que nuestro mundo tiene un cerco de maldad, hay malestar y tensión en 'todos los frentes.' El 'rey enemigo' en verdad ha edificado grandes baluartes alrededor de nuestras murallas. Vivimos en un mundo esclavo y hambriento de libertad. Hermanos que me escuchais, el reto está lanzado. Actuemos con decisión, con entusiasmo, integridad, lealtad, y mucha fe, y el enemigo pronto levantará sus tiendas y nosotros entonces volveremos a contemplar desde nuestras ventanas los claros horizontes.

Que la eterna iglesia, pobre y sabia, complete algún día su misión de liberación, y encamine a los hombres hacia la gloria de Dios. AMEN.

TRAGEDIA DE LA INDECISION

Dijo Jesús: Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se allegará al uno y menospreciará al otro: no podeis servir a Dios y a Mammón.

En el Sermón del Monte
(Evangelio Según San Mateo vi—24)

TRAGEDIA DE LA INDECISION

"¿Hasta cuándo claudicaréis entre dos pensamientos?"

I Reyes 18:21

NINGUN LIBRO como la Biblia para reflejar claramente las distintas modalidades de la emoción. En sus páginas santas hay palabras que se traducen en mensaje de tranquilidad, paz y sosiego, como los versos del salmista: 'Jehová es mi pastor, nada me faltará. . . .' Hay también sentencias que implican recia envergadura espiritual, como las palabras del eterno Pablo: 'Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.' También entre sus capítulos hay frases que unidas por la magia de la unción divina, hablan con voz suave al corazón ofreciendo el tónico sublime de la seguridad por la fe. El salmista una vez más nos ofrece un ejemplo inimitable en su poema que empieza: 'Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.' Y hay textos de infinita ternura, como el cariñoso llamado de Jesús: 'Venid a mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os haré descansar.'

Pero hay también en las Escrituras palabras que saben a celo ferviente, a abnegación absoluta, y que suenan en nuestros oídos como trompeta de alarma y reto de acción. Entre este grupo de versos viriles hay uno que resalta por la claridad de su mensaje y la agudez de sus implicaciones. Nos referimos a las palabras del profeta Elías en momentos cuando Israel había olvidado a Dios y estaba siguiendo las religiones falsas de los paganos. Oigamos al profeta: "¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos

pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle, y si Baal, id en pos de él." Es en torno a estas palabras que nos proponemos meditar en esta mañana, porque vemos en su contexto y filosofía, el sentido trágico de la indecisión.

Demos un vistazo a los antecedentes y las circunstancias que forzaron al profeta a lanzar tan aguda interrogación. Elías estaba viviendo en época de crisis nacional. Crisis más en el orden religioso que en lo económico o político. El Rey Achab, en una maniobra política, y para asegurar su poderío, había dado un paso funesto: había contraído matrimonio con Jezabel, mujer de cultos extraños, de carácter dominante, ajena a las tradiciones del pueblo hebreo, y sobre todo, enemiga del pueblo de Jehová. Hizo Achab lo que por años y siglos ha sido práctica de muchos soberanos: utilizar el matrimonio como instrumento en la maquinaria de la política.

Usemos nuestras mentes en actitud imaginativa para completar el cuadro que la inspiración omitió al presentarnos esta interesante mujer. Jezabel sería hermosa y vivaz. Mujer dominante y caprichosa, envanecida por los mimos y halagos de los cortesanos. Mujer de rancia estripe social, sin gran inteligencia natural, pero de carácter indómito y una sed eterna de poder. Algo así como una Juana de Arco al revés, reducida a lo genéricamente primitivo. Y esta hembra singular fué el centro de las atenciones del Rey Achab, hasta que la boda que iba a establecer nexos políticos entre dos bandos del Asia Menor, fué consumada, para desgracia y oprobio del pueblo de Dios.

Achab era uno de esos hombres que vemos diariamente por estos mundos. Magistrado opulento, rico, buen amigo de todos, pero hombre sin convicciones firmes, sin personalidad definida, sin espina dorsal. El contraste del matrimonio fué obvio y fatal. Jezabel la extraña, la pagana, la mujer indómita y caprichosa, subyugó por completo a su pusilánime esposo. Anteriormente, cuando otros reyes de Israel se habían casado con mujeres ex-

tranjeras, de religiones distintas, ellos le habían concedido a sus esposas la oportunidad de tener sus altares privados, y de traer sus propios sacerdotes para celebrar sus ritos, sin interferir con la religión del pueblo: el culto a Jehová. Pero Jezabel no se comformó con un altar para ella. Sistemáticamente empezó a imponer su culto en el pueblo, trayendo cientos de sus propios sacerdotes al palacio. Desarrolló un sistema de persecución contra los profetas de Jehová de tal manera que todos ellos, con la excepción de Elías, fueron asesinados o desterrados. Y el pueblo, siguiendo la voluntad caprichosa de la reina, dió la espalda al Dios que lo había emancipado de la esclavitud egipcia, y se inclinó ante la figura grotesca del dios importado. Mientras tanto Achab, juguete de su mujer, permanecía inmóvil ante la tragedia de su pueblo. Hasta el día cuando Elías, valientemente le trajo a él y al pueblo, el reto supremo: "¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?"

El resto de la historia viene a nuestras mentes en forma de memoria juvenil, cuando en la escuela dominical nuestras maestras describían con palabras sencillas, pero inolvidables, el gran concurso del Carmelo. Concurso de colores dramáticos, en el cual Elías, representando al Dios verdadero, se enfrentó a un numeroso grupo de profetas de Baal, en épica justa, invocando fuego del cielo. . . . Y el fuego que quemó el holcausto de Elías y 'lamió las aguas junto al altar,' convirtió también en cenizas la falsa idolatría de los hebreos, y consumió vorazmente la labor maléfica de la reina pagana.

Por escéptica que sea una persona no puede menos que admirar la firmeza de carácter y la lealtad de principios que tuvieron los profetas de Israel. Hojeando las Escrituras nos maravillamos cómo Jeremías, Amós, Oseas, y todos los grandes profetas, solos, perseguidos, pobres, víctimas de la burla y el desprecio, se mantuvieron firmes, alertas y fieles, en su misión de redención espiritual y social. Elías no fué excepción del grupo.

Su mensaje venía del Cielo, y sus palabras tenían la certeza y el calor del proyectil enrojecido que taladra el acero con su impacto.

Pensemos pausadamente en su reto-pregunta: "¿Hasta cuándo claudicaréis entre dos pensamientos?" Recordamos por implicación aquello de Cristo de que 'él que no es conmigo, contra mí es.' La vida, para tener valor, demanda definiciones. La personalidad requiere una analogía menos prosaica que la de 'veleta.' Un hombre sin opinión, sin principios, sin convicciones firmes, no es hombre completo. Claro que se puede cambiar de opinión, éticamente hablando, pero esto habrá deser un proceso de convicción y no un capricho o un paso de conveniencia personal.

Muchos de los seguidores del evangelio han pasado sus vidas como los hijos de Israel en los tiempos de Elías, 'claudicando entre dos pensamientos.' Se han pasado los años en una constante auto-traición. Y han llegado al fin de sus vidas sin saber la diferencia fundamental entre las fuerzas del espíritu que definen la eternidad, y los acontecimientos superfluos, que como el culto de Baal, engañan a los sentidos y pervierten el corazón.

Elías pregunta que hasta cuando el pueblo va a seguir claudicando. Esta palabra 'claudicar,' tanto en el original hebreo, como en su raíz latina, significa *cojear*. Es como si Elías, pues, estuviese perguntando a su pueblo: "¿Hasta cuándo vosotros vais a seguir cojeando, en vuestra peregrinación histórica, entre dos principios religiosos?" Usando la imaginación una vez más, oigámoslo argumentar: "Vosotros estáis en una larga peregrinación, la caminata de los años y los siglos. Habrá cuestas y llanuras en vuestro caminar, épocas de amplios caminos y momentos en que lo que se abrirá ante vuestros ojos será una senda angosta de peduscos y espinas. Tenéis que andar siempre firmemente, sin cojear, pues la peregrinación será larga, y el camino incierto. . . ." Y nos parece que el profeta está hablando, no sólo para

los Israelitas del ayer, sino para los seguidores de Jesús en nuestros días. Sus palabras cobran actualidad maravillosa al estudiarlas a la luz del momento en que vivimos.

Porque también nosotros, sentados aquí en los asientos de nuestra iglesia, sentimos el impacto de la sabia interrogación. '¿Hasta cuándo claudicaréis. . . .?' Echemos un vistazo al ambiente en que nos movemos, y tomemos al azar un ejemplo de cristianos que 'cojean.' Hay individuos que pasan por cristianos, que defienden ardientemente la iglesia si alguien la ataca, que profesan creer en la Biblia 'aunque con reservas,' y que sin embargo nunca asisten a un servicio religioso, nunca visitan a los tristes, enfermos o desanimados, no contribuyen para el sostenimiento de la obra, y nunca manifiestan interés alguno en lo concerniente al Reino de Dios. Individuos que a pesar de ser partidarios de la iglesia, le restan su cooperación porque según ellos la iglesia no es esencial en el desarrollo de la vida espiritual. Individuos que están dispuestos, como Israel, a recibir los beneficios de Dios, pero que como Israel también, en vez de sentir gratitud por tales beneficios, se inclinan ante Baal, es decir, rinden con sus vidas denigrante homenaje a todo lo que funciona contra los planes divinos del único Dios. Son éstos, hombres y mujeres que claudican entre dos pensamientos, que andan cojeando porque quieren tener un pie en la senda estrecha de Dios, y otro en la avenida ancha de Satanás . . . olvidando que para entrar en la gloria del espíritu es menester caminar con paso firme y sin oscilación.

Vivimos en días que se prestan para la indecisión, días en que la claudicación parece ser la orden del momento. Orden trágica para los que no han descubierto el medio de andar erguidos entre escombros. El atributo más grande que el mundo puede darle a Jesús es que El nunca claudicó, que no cojeó entre dos pensamientos, sino que a través de su vida se mantuvo firme conforme al propósito de Dios en él. De gran valor sería para

la sociedad moderna repasar una vez más la biografía del Maestro a fin de ver objetivamente el prototipo del carácter y la fe.

Vemos que hay falta de firmeza en gran parte de los llamados cristianos, y nos preguntamos, ¿por qué tal indecisión en el pueblo de Dios? Asistimos a veces a la iglesia, no por espíritu de convicción sino por conveniencia social; creemos que lo que dice el predicador es 'bueno,' pero no arriesgaríamos mucho defendiendo la cualidad de tal bondad; vemos a veces la religión como algo que es parte de la vida, pero no parte integral sino accesorio mecánico que viste bien. El imán del mundo sin Dios nos atrae, como los hechizos de Jezabel, y fácilmente empezamos a cojear en el espíritu y terminamos adorando los Baales del pecado.

Una de las causas principales de la inestabilidad espiritual de nuestros días es el terrible grado de preocupación que precipita nuestras mentes hacia la incertidumbre. Este constante divagar sobre 'la situación actual' nos lanza a veces hacia la indecisión. Pero este asunto no es patrimonio de los tiempos modernos. Se ha descubierto una tabla de barro en Asiria, que data desde dos mil años antes de Cristo, con esta curiosa inscripción: "Nuestro mundo se está degenerando en estos últimos años . . . hay signos que indican que el fin está cercano . . . los hijos ya no obeceden a sus padres. . . ." En 1555 Hugh Latimer fué condenado a la hoguera por cuestión de principios religiosos. En uno de sus sermones él afirmó: "Nunca hubo tanta hipocresía entre los cristianos como en el presente. La palabra de los hombres no vale nada. Tienen tan poco sentido de vergüenza que hasta niegan su propia escritura." En 1903 el Dr. Jefferson en su conocida obra titulada 'Cosas Fundamentales' dijo: "Vivimos en una edad de confusión mental. Hay tantas teorías, tantos libros nuevos, tantas voces, que estamos desorientados." Y nosotros, en-nuestros días, al repetir las quejas que por doquier oímos, re-

ordamos una vez más a Jesús al decir tan sabiamente: "Basta al lía su afán. . . ."

Pero el problema es, cómo desarrollar una capacidad espiritual que nos dé seguridad y firmeza en la vida, que alivie nuestras preocupaciones, y que no permita nuestras claudicaciones inferiores. Para esto vemos sólo un remedio, fórmula que podríamos titular: un doble acto de rendición.

Al primer acto llamaremos: la entrega de nuestros pensamientos a Jesús. El apóstol Pablo, en su Segunda Carta a los Corintios (x-5) nos habla sobre rendir en cautividad nuestros proyectos y pensamientos en obediencia a Jesús. Si el cristiano al aceptar el Evangelio se entrega a Jesús, es cosa natural que le entregue a El también sus pensamientos. Porque ha de ser Cristo quien guíe sus pensamientos en todo lo concerniente a Dios, al hombre, y al universo. John Dewey nos dice en su obra 'How to Think' que para pensar 'directamente' (digamos nosotros, sin claudicar), es requisito indispensable la libertad; pero que esa libertad debe estar poseída (cautivada) por un ideal. Es aquello mismo del apóstol al decirnos en tono de exhortación que debemos estar firmes, en nuestras acciones, en nuestros pensamientos, conforme a la libertad con que Cristo nos ha hecho libres.

Al estudiar la historia de la iglesia, sentimos inspiración al mencionar a San Agustín, a Santa Teresa, a San Juan de La Cruz, a Juan Wesley, a Jorge Fox, a Roger Williams, a Kagawa, a Grenfell, a Schweitzer . . . pero a veces olvidamos que sus escritos y acciones fueron y son el resultado de esa cautividad del pensamiento en su manifestación más pura de la libertad espiritual. Los grandes adalidades del mundo cristiano han hecho inmortales contribuciones a la cultura universal por haber rendido en cautividad, sus pensamientos y projectos, en obediencia a Jesús.

El segundo acto de rendición es este: entregar nuestros cora-

zones a Jesús. Alguien nos dirá que esto, y la entrega de nuestros pensamientos a Cristo es la misma cosa; sin embargo nos parece ver una gran frontera entre los ámbitos de la mente y los claustros íntimos del corazón. El hombre es fundamentalmente un ser emocional. Cierto que muchas veces la razón ayuda a encauzar al corazón, pero hay también muchas ocasiones cuando la emoción, aún reconociendo la realidad de la razón, trasciende los razonamientos y se impone en la conducta del hombre. De ahí que en las Escrituras se use la frase clásica y tierna: "Dame, hijo mío, tu corazón."

El asunto de la mente y el corazón se puede reducir a esta pregunta: ¿Está nuestra fe, por lo menos, a la altura de nuestras posiciones doctrinales? Porque se puede hacer filosofía de la religión sin el requisito de la conversión; pero no se puede tener fe poderosa si la conversión no ha tocado lo íntimo del ser. Después de todo, el éxito del cristianismo no se basa en los muchos intelectuales que ha habido en su seno, sino en su poder regenerador, en su energía divina que ha cambiado corazones, caracteres, personalidades, y los ha tornado hacia Dios.

Nos hace falta en nuestros días una nueva dependencia del Espíritu Santo. Un nuevo poder que nos evite claudicar entre dos pensamientos. Elías aún habla al pueblo de Dios. Y a nosotros nos toca responder al reto valiente del profeta. *Amén.*

LA VIDA ETERNA

"La fe en una vida futura se verifica progresivamente mediante un constante crecimiento espiritual en el presente. La vida actual, siendo intensa y verdaderamente espiritual, es vida eterna."

SHERWOOD EDDY

LA VIDA ETERNA

"Porque de tal manera amó Dios, al mundo que dió a su Hijo Unigéito, para que todo aquel que en El crea, no se pierda, mas tenga vida eterna."

San Juan iii—16

HAY UN INSTANTE en la historia de esta Segunda Guerra Mundial que será recordado por años y siglos, como uno de los momentos más sombriós de la humanidad. Nos referimos a la caída de París a mediados del 1940. Para nosotros en este lado del Atlántico, tal acontecimiento representó una gran catástrofe, política y militar, y conllevó la implicación obvia de la caída total de Francia y la inminente supremacía de Hitler en Europa. Vimos como otra democracia fué destruída por la bota Nazista, y sentimos miedo al contemplar el futuro en términos de los acontecimientos actuales. Pero ésta, en general, fué la impresión causada en nosotros por la caída de París. Sin embargo, los habitantes de la bella ciudad francesa atravesaron por una crisis más profunda que la nuestra. La aproximación de la maquinaria de guerra alemana, el retumbar de los cañones enemigos, y la tragedia de la derrota, hablaron de cosas que trascienden los límites de la descripción literaria. . . .

Días antes de la caída de París el gobierno había huído de la ciudad, estableciéndose en Vichy. Y los habitantes de la ciudad también comenzaron la huída. Las carreteras estaban llenas de automóviles, camiones, carretas, carretillas de mano, todas llenas de utensilios domésticos, y ropa, y comestibles. Flanqueando la interminable hilera de vehículos, la caravana de peatones

se movía lentamente, con el alma desgarrada, sin atreverse mirar hacia atrás, hacia la ciudad amada. Pero todos se movían, marchaban adelante, con la firme determinación de alejarse más y más de los Nazis, de la muerte. . . .

Nada hay tan obvio como que no nos queremos morir. En caso de peligro temblamos al pensar en la muerte, y en tiempos normales consideramos la muerte como algo tan remoto que nos parece imposible. Física y moralmente hay algo en nosotros que nos impulsa a querer vivir y hasta sobrevivirnos.

Es el propósito de esta meditación canalizar nuestros pensamientos en uno de los asuntos menos enfatizados en una parte de la llamada 'cristiandad moderna': el asunto de la inmortalidad del hombre. Casi toda la predicación sobre este tema se ha dejado para el Día de Resurrección o para los servicios fúnebres, cuando el mensaje casi siempre no trasciende su objetivo secundario: ofrecer consuelo en términos de ritual. Nuestra devoción por los silogismos y nuestro 'snobismo' racionalista nos ha alejado de la temática clave del mensaje del Cristo. Bien sabemos que no podemos entrar en los precintos de la experiencia religiosa por las puertas estrechas de la razón solamente, pero persistimos en ello para glorificar más las limitaciones del hombre que la infinitud gloriosa de Dios.

En el Cuarto Evangelio encontramos uno de los versos más populares de la iglesia. Verso repetido mil veces por evangelistas y laicos, por maestros y predicadores. Hablamos de Juan 3:16, "Porque de tal manera amó Dios al mundo que dió a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El crea, no se pierda, mas tenga vida eterna." No importa lo que digan los teólogos de la escuela humanista (si es que puede haber *teología* en el humanismo), ni lo que digan los escépticos de enchape intelectual, este verso es la base y médula del cristianismo. El púlpito 'liberal,' en términos generales, ha usado el verso, pero de modo altamente arbitrario y segmentado. Ha usado la primera parte:

el amor de Dios, el interés de Dios por el hombre, y el 'asunto de creer.' De ahí en adelante, evadiendo lo trascendente y medular del verso, empiezan los liberales a derivar conceptos de ética y 'evangelio social.' Y Cristo, en tal interpretación, toma carácter de gran profeta y maestro, prototipo de alta moralidad y abnegación. Y el liberalismo toma la ruta mas fácil: se hace pragmático a expensas de lo trascendente de la religión. Es nuestra opinión, que gran parte del esfuerzo de la religión moderna al predicar solamente sobre 'redención social' es un mero escape del imperativo cristiano, es decir, una huída de lo genuinamente eterno del Evangelio.

Don Miguel de Unamuno, nuestro gran Don Miguel, nos relata la siguiente historieta en su obra 'El Sentimento Trágico de la Vida. . . .' Dice él: "Un día, hablando con un campesino le propuse la hipótesis de que hubiese en efecto un Dios, que rige cielo y tierra, Conciencia del Universo, pero que no por eso sea el alma de cada hombre inmortal, en el sentido tradicional y concreto.' Y me respondió: 'Entonces, ¿para qué Dios?' " Nosotros, interpretando la vida del modo que lo hemos venido haciendo, creyendo en un Dios, personalidad divina del cosmos, nos podemos interrogar como el campesino de Unamuno . . . si esto solamente es Dios, entonces ¿para qué Dios? Si Dios es sólo un punto de referencia en cuestiones éticas o filosóficas, y si a la larga vamos a desaparecer totalmente de la escena, entonces, preguntamos una vez más, ¿para qué Dios?

Un librito sumamente pequeño en tamaño ha caído en nuestras manos, recientemente, por feliz casualidad. Sus cuarenta y tres diminutas páginas encierran la potencia espiritual que a través de la historia ha producido héroes, y mártires, y sobre todo hombres y mujeres sencillos y humildes cuyos nombres no han pasado a la posteridad en las letras o en las artes, pero cuyas vidas santas han sido vivo ejemplo de la influencia divina de Cristo en el carácter y la personalidad. La obra a que aludimos

lleva por título: Are We Immortal? (¿Somos Inmortales?) y está escrita por Winifred Kirkland. Leemos en la página 37: "Toda mi vida adulta la he pasado en las inmediaciones de instituciones de cultura, cuando no dentro de ellas. En el mundo pagano de hoy me he sentido sola. Nadie mejor que yo sabe cómo mis amigos han tratado de esconder de mí su secreto desprecio por mi sencillez de pensar. Hemos compartido las obras del día, los dramas, la películas, los febriles periódicos y la radio. En todas las cosas exteriores he tenido mi parte en este mundo moderno. Junto a mis queridos amigos he caminado día tras día en sana camaradería. Sin embargo yo he poseído un secreto del cual ellos secretamente se han mofado. Y ahora, después de los rigores de una vida en ascenso, me encuentro frente a mi ocaso. Y el esplendor del atardecer se va tornando cada vez más bello, en maravillosos juegos de luz. Por un instante el sol se hundirá en las tinieblas, sólo por un instante; y luego me encontraré libre, caminando sin cadenas en la más dulce libertad. Y yo estoy segura que encontraré todo lo que yo he creído ser verdad, porque ha sido sobre esto que he basado mi filosofía; que el Dios de la estrella, del mar, y la flor, no es burlado, y que mucho menos se burla a sí mismo. En su creación, empezando con la primera manifestación de vida en la espuma de las aguas, siempre en un proceso de diferenciación, sin hacer dos hojas o dos caracoles iguales, el contínuo empuje hacia adelante es dondequiera revelado . . . El esfuerzo es siempre hacia la personalidad, más y más perfeccionada. ¿Podría el Creador lanzar a la nada el propósito final de la perfección, el alma del hombre?"

El texto en consideración dice claramente: ". . . para que todo aquel que en El crea . . . tenga vida eterna." Dios le ha dado al hombre el don de la personalidad y le ha ofrecido a la vez la oportunidad de la eternidad. Esa oportunidad puede ser aceptada o rechazada por cada individuo, mediante el uso de su voluntad. Podríamos decir que la immortalidad tiene su

precio, el creer. Y como bien han dicho filósofos y teólogos, creer es más que nada acción volitiva. Hay que querer creer para poder creer. Es el caso del hombre rogándole a Jesús: "Señor creo, ayuda mi incredulidad." Es decir: Señor, hay en mí el deseo ardiente de creer, pero necesito de tu gracia e inspiración para poder realizar este 'creer' en toda su plenitud.

Sucede a veces que el grupo de 'intelectuales' o 'liberales' cristianos suele hacer burla de los cristianos 'ignorantes' porque estos tienen una seguridad (certainty) religiosa que aquellos no poseen. Quien sabe si los grupos extremadamente literalistas tienen ideas fantásticas y utópicas. Pero a pesar de lo extremista de sus sistemas, no hay que dudar que tienen *algo* decididamente encomiable. Tienen fervor, pasión, certeza, devoción; quieren creer, y esto los acerca notablemente a los pies del Salvador.

Dios dió a su Hijo Unigénito para que toda aquella persona que quiera creer en El no pierda su alma en el egoísmo, el orgullo, y todas las manifestaciones del mal, y para que junto a El disfrute de la eternidad. Al hacer esta manifestación debemos aclarar un punto esencial sobre este asunto, sin embargo. La inmortalidad que ofrece Cristo no es simplemente asunto de ultratumba. He ahí el error de muchos llamados seguidores de Jesús. Si somos inmortales en Cristo porque creemos en El, en su mensaje, en su sacrificio por los hombres y en su amor por la humanidad, somos inmortales *ahora*. Al creer en el Unigénito de Dios hacemos de la inmortalidad una posesión espiritual en nosotros, en el mismo instante. Y nuestras acciones en la vida, con nuestros familiares, con nuestros vecinos y con el prójimo, están determinadas por la secreta seguridad divina de que estamos viviendo 'para siempre.' Como ha dicho un célebre escritor evangélico, "seamos tan audazmente pragmáticos en la disciplina de nuestras almas como lo somos con nuestros cuerpos." ¿Por qué posponer la belleza de la inmortalidad para el fin material de nuestros organismos? Cuando Cristo nos enseñó a

pedir: ". . . vénganos tu Reino . . .", nos enseño a desear y a necesitar el reino de las cosas eternas hoy y mañana y cada día de nuestras vidas. Porque el creer en Cristo no se reduce a una débil esperanza de vivir para siempre, sino que se traduce en un glorioso impulso de acción y santificación mediante el cual su poder en el creyente sea trasmitido a otros en forma de servicio y se desarrolle interiormente en términos de abnegación y consagración. Las palabras de Jesús en la cruz, dirigiéndose al ladrón penitente, son aplicables a cada hombre y a cada mujer que crea en El de todo corazón: De cierto te digo que *hoy* estarás conmigo en el paraíso.

El hombre ha querido hacer filosofía con la inmortalidad y se ha encontrado en un callejón sin salida. Ha presentado argumentos: el argumento platónico, basado en la naturaleza humana; el argumento kantiano, escalón racionalista para probar la existencia de un dios; los argumentos de las religiones orientales, para encauzar sus finalidades éticas . . . Larga es la lista de los que han especulado con el término. Pero como hemos afirmado tantas veces, la razón de ser de la inmortalidad en Cristo pasa las fronteras de las razones derivadas por la mente finita del hombre. Es acto de creer, es vínculo de fe entre esa Personalidad amorosa y divina de Dios, y el corazón del hombre.

Es cierto que no queremos morir, que hay en nosotros ansias vivas de sobrevivir. Creyendo, por voluntad propia, en Cristo como el dador de vida, la eternidad vendrá a ser, no algo misterioso cuando la muerte física nos sorprenda, sino un proceso vital en cada corazón. Dios, la 'fuente de la vida eterna,' envió a su Único Hijo a vivir y ser martirizado entre los hombres, todo por amor, para que todos aquellos que así quieran 'tomen del agua de la vida de balde,' y sean inmortales en su seno. AMEN.

SIENDO VENCEDORES DEL MIEDO

Jehová es mi luz y mi salvación;
¿de quién temeré?
Jehová es la fortaleza de mi vida;
¿de quién he de atemorizarme?

Salmo XXVII—1

Porque no nos ha dado Dios el espíritu de temor,
sino el de fortaleza, y de amor, y de templanza.

II Timoteo I—7

Aunque ande en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno,
Porque tú estarás conmigo.

Salmo XXIII—4

Dios es nuestro amparo y fortaleza,
Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.
Por tanto no temeremos aunque la tierra sea removida;
Aunque se traspasen los montes al corazón de la mar . . .

Salmo XLVI—1, 2

SIENDO VENCEDORES DEL MIEDO

San Juan vi—20

Después de haber cantado estos himnos que nos han hablado al corazón de paz, tranquilidad y confianza, dirijamos nuestras atenciones por varios instantes hacia un tema de carácter universal: el miedo. Quiensabe si entre todas las emociones que han tomado parte en el desenvolvimiento de la historia de los pueblos, ninguna ha ejercido influencia más notable que el miedo. Y quiensabe también, si entre las emociones que ejercen mayor presión en la vida de muchas de las personas presentes en este servicio, el miedo ocupa, desgraciadamente, un lugar de prominencia singular.

La narración bíblica del Génesis nos cuenta que el primer hombre, al desobedecer los estatutos de Dios, 'tuvo miedo' y trató de esconderse de la presencia de su creador, huyendo entre los arbustos del Edén. Y desde aquel momento fatal, cuando Adán dijera: "Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo," hasta esta mañana en que nosotros, sentados aquí compartimos de estos momentos de confraternidad cristiana, el miedo ha campeado en la experiencia de los hombres, en todas las razas y en todos los pueblos.

Vivimos rodeados de miedo. Miedo de ponernos viejos, de perder el empleo, de enfermarnos, de perder los seres queridos, miedo del cambio, de la pobreza, del 'que dirán', miedo de otras personas, de nuestros jefes, miedo de sufrir algún accidente, miedo de nosotros mismos, ¡y hasta miedo del miedo mismo! Hay individuos que viven como prisioneros, mirando la vida constantemente a través de las rejas del miedo, sin preocuparse en

buscar un medio para libertarse de esa condición que descorazona la vida, aniquila el entusiasmo, trunca las esperanzas, y degenera la personalidad. El hombre miedoso es por lo general conservador y reaccionario, no necesariamente por convicción, sino por ser víctima de un constante pavor del cambio; es pusilánime, no por naturaleza propia, sino por haber permitido que su vida se haya envuelto en la deprimente atmósfera de un complejo de inferioridad; es desleal, no por carecer de la fibra de los héroes, sino por haberse dejado arrastrar por vanos prejuicios y un pesimismo creador de constantes temores.

El miedo es una emoción con manifestaciones mentales y fisiológicas. No es ni malo ni bueno, desde el punto de vista ético. Somos nosotros los que le damos carácter moral de acuerdo al uso que de él hacemos en nuestras vidas. Dominándolo y sobreponiéndonos a él, podremos realizar grandes hazañas. De ahí que el miedo, que en una situación nos puede lanzar a los abismos de la moral, en otra situación nos puede trasladar a posiciones ventajosas en diversos problemas que ocurren en la vida diaria. Tomemos un ejemplo. Sabemos que como hombres y mujeres no somos perfectos. Estamos al tanto de que adolecemos de mil defectos y debilidades. Y sabemos que por fuertes que seamos nunca seremos lo suficientemente fuertes para afrontar el desafío de todas las tentaciones que se presentan a nuestro paso. No es sabio ni sensato luchar frente a frente con todos los enemigos. De ahí el valor de la estrategia. A veces el enemigo es más fuerte que nosotros, y es juicioso tomar nuevas posiciones, retiradas honrosas, para atacar más tarde con planes nuevos. Así mismo, admitiéndolo francamente, temer y evadir ciertas tentaciones de la vida, no sólo evitará ponernos en trances agudos y peligrosos, sino que nos dará tiempo para fortalecernos mejor y atacar otros problemas con más vigor y más certeza de victoria.

Hay en el Evangelio según San Juan una historia muy intresante: Leamos: ". . . Y entendiendo Jesús que habían de venir

para arrebatarle y hacerle rey, volvió a retirarse al monte, él solo. Y como se hizo tarde descendieron los discípulos a la mar; y entrando en un barco venían de la otra parte de la mar hacia Capernaun. Y era ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos. Levantábase la mar con un gran viento que soplaba. Y como hubieran navegado como vienticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre la mar y se acercaba a ellos: y tuvieron miedo. Mas él les dijo: Soy yo, no tengais miedo." (vi, 15-20).

He aquí el miedo jugando su papel negativo. Los discípulos tuvieron miedo de Jesús porque no le vieron llegar por medios naturales, es decir, no le vieron manifestarse como humanamente se hubiera esperado. Ni hubiera habido ningún temor en ellos si un segundo antes de hacerse a la vela hubieran visto a Jesús venir corriendo para unirse a ellos en la travesía. Pero después de haber zarpado, negra la noche, las aguas inquietas, y el viento rugiente . . . era 'imposible' que Cristo se uniese al grupo. Por eso, al verle aparecer sobre las aguas tuvieron miedo. La fe de ellos vaciló ante lo inesperado, y tuvieron miedo. . . . Y hoy, después de tantos siglos, nos parece ver a Jesús viniendo hacia nosotros sus discípulos, otra vez, en esta negra y tempestuosa noche en que vivimos, diciéndonos con amor y dulce serenidad: Soy yo, no tengais miedo.

• Porque también nosotros vamos navegando sobre un mar oscuro y tempestuoso. No sólo sufrimos el problema de la guerra, sino que hay confusión y malestar entre nosotros (como parte integral del medio social), e individualmente—dentro de nosotros mismos, en nuestros propios corazones. De ahí que el hombre apartado de Dios, sin fundamento espiritual para ver la vida con serenidad, se siente presa del terror y el miedo. Miremos por un instante el cuadro de hoy, el cual nos hace pensar, desde el ángulo de la analogía, en la noche oscura en que los discípulos navegaban rumbo 'a la otra parte de la mar.'

Miremos la escena que ofrece el teatro de la guerra. Cada momento sentimos el impacto de la violencia de un modo más directo y alarmante. Vemos con el corazón desgarrado cómo nuestros seres queridos salen hacia el frente de batalla . . . y leemos diariamente en los periódicos la lista de las bajas. La prensa y el radio nos traen las noticias frescas, vivas, olientes a sangre y a pólvora quemada. Leemos sobre barcos torpedeados, ciudades destruídas por completo, rehenes fusilados por cientos y docenas, niños hambrientos, mujeres escuálidas y ancianos indefensos sufriendo la ignominia de la persecusión; nuestros ojos se detienen ante fotografías de escombros, de hospitales en llamas, de aldeas ametralladas; y si furtivamente logramos introducirnos en algún hospital militar, veremos con horror y pena mancos, ciegos, cojos, paralíticos, tuberculosos, hombres jóvenes cuyos horizontes carecen del más leve rayo de luz. La guerra, ¡el pecado en su obra maestra! La noche es negra, y el mar tempestuoso. . . . ¿Que nos da miedo a veces? Pero humanamente, ¿de qué otro modo nos podríamos sentir ante la miseria y la desolación que contemplanos? Debemos ser realistas ante la situación del momento. Seamos francos y sinceros. Las democracias estan peleando una guerra para extirpar del mundo la ponzoña de los regímenes totalitarios; fin este glorioso y de nobleza suprema. Pero no confundamos esto con una cruzada de la fe cristiana. Las palabras de las Escrituras: "Por cuanto todos pecaron. . . ." son para *todos,* tanto en el pasado como en el presente. Todos somos pecadores, lo que significa que sobre todos hay mancha de culpabilidad. Lo que el mundo habrá de ser después de la guerra, no se determinará sencillamente en los términos técnicos del armisticio, sino en la actitud de los hombres que estén frente a los pueblos victoriosos, y a la actitud individual de cada uno de nosotros.

Meditando en este aspecto de la hora sentimos, como hombres, que el miedo quiere apoderarse por completo de nosotros, y

hasta nos llegamos a sentir paralizados. Porque el verdad la noche es negra, y el viento ruge en torno nuestro.

También el miedo nos sobrecoge a veces al mirar la confusión social en que hemos vivido últimamente. El desequilibrio de la época casi ha rayado en el escándalo. La economía ha tenido un solo propósito: conquistar más mercados y atesorar más ganancias; la política, un solo ideal: obtener el poder y ejercerlo para el beneficio de unos pocos. El problema racial ha tomado perfiles que alarman y avergüenzan. Y digamos aquí de paso que las iglesias en hispanoamérica tienen, en este asunto, una gran lección que ofrecer a las iglesias norteamericanas. Pues nuestras iglesias están siempre abiertas para todas la razas, para todas las condiciones sociales, para el pueblo en general; mientras que en los Estados Unidos lo 'standard' es que haya iglesias para negros e iglesias para blancos, y aún se ve el caso de haber iglesias para las 'clases de arriba' e iglesias para las clases económicamente inferiores. Ojalá llegue el día cuando tal discrimen sea terminado como resultado de un mejor entendimiento del mensaje universal de Jesús.

Socialmente vivimos en un mar tempestuoso y agitado. Prejuicios, odios, rencores, egoísmo, falta de compasión, injusticia social, falta de seriedad en el matrimonio, el desenfrenado uso del divorcio, el alcoholismo, la prostitución, la explotación económica, la falta de 'palabra,' el menosprecio del deber. . . . Es cierto hermanos míos que la noche es negra y el viento se levanta con furor.

Y ¿qué dejamos para el hombre en sí, en su vida interior? Si el mundo en que vive tiembla con la embestida de la guerra, y si su medio social se precipita al caos, ¿cómo mantenerse firme en sus sentimientos, en su emociones e ideales? Se ha especulado, y se está especulando mucho con la 'post-guerra,' y muchos optimistas han dicho que al terminar la guerra habrá en el mundo un gran avivamiento espiritual. Hay que tener cuidado con los

falsos optimismos. Las guerras, hijas de las pasiones de los hombres, siempre han producido más escépticos que santos, siempre han engendrado más desilusiones que ideales. Tal avivamiento es posible, pero su probabilidad es enigmática. Y no es que no querramos un avivamiento, no digamos ya al terminar la guerra, sino ahora mismo, para que el mundo se torne a Dios y cese de pelear hasta la muerte; lo que sí sucede es que por el testimonio de la historia sabemos claramente que cuando el polvo de las batallas no esté aún asentado, ya la violencia y el mal habrán tomado otro disfraz para continuar apartando al hombre de Dios. El mundo no se desperatrá a un reconocimiento de las fuerzas espirituales sobre la base de un armisticio hecho por los hombres, ni sobre la sangre de los soldados que han caído en las cuatro esquinas de la tierra. El alcance de tal despertar se remonta más allá de la capacidad limitada de los hombres.

Individualmente el hombre de hoy se siente solo, a pesar de la multitud en torno suyo. Vosotros los que vivís aquí en Nueva York sabéis mejor que nadie lo que esto significa. Yo nunca me he sentido más solo en mi vida que una noche en Times Square (el lugar más concurrido de esta gigantesca ciudad). Había mucha gente, mucho ruido, muchas luces, pero ni un amigo, ni una cara conocida, ni una voz familiar. Y a pesar de la multitud me sentía solo y nostálgico. Hubiera dado cualquier cosa por estar en uno de los pueblecitos de mi amada patria, conversando con mis amigos en alguna esquina de la plaza, junto al foco eléctrico, sobre las últimas noticias del diario de la tarde. . . . Y así vive el hombre de hoy, aparentemente acompañado, pero en su interior sobrecogido por el pánico de la soledad. De ahí que tal situación se traduzca en falta de seguridad y miedo. . . . La noche del alma es oscura y los ruidos que se oyen presagian huracán.

Un día unos hombres que se creían puros y sin mácula iban a matar a pedradas a una pobre mujer por ser ésta una adúltera,

A alguien del grupo se le ocurrió llevar la mujer a Jesús antes de ejecutar la 'sentencia,' para ver cuál era la posición de Jesús frente a las tradiciones de la sociedad (tradiciones basadas en la letra de la ley y no en el espíritu humanitario con que reclama la personalidad humana ser tratada). Y dicen las Santas Escrituras que Jesús, mirando duramente la multitud, comenzó diciendo: "El que de vosotros esté sin pecado. . . ." Y el relato nos narra que las piedras fueron cayendo de las manos de los gratuitos verdugos, y que todos se fueron, avergonzados, del lugar. Cuando todos se hubieron ido y la mujer estuvo sola a los pies del Divino Maestro, éste le dijo con unción de amor: "Mujer, no temas, vete y no peques más."

Las fuerzas que nos rodean nos quieren apedrear el espíritu. Y sentimos miedo. Nos acobardamos. Pero afortunadamente la presencia de Cristo ahuyenta los enemigos y su voz siempre dulce nos dice al corazón: "No temas, vete en paz. . . ."

La influencia de Jesús inspira valentía, echa fuera el temor. La mejor evidencia de esto la encontramos en la historia de la iglesia. Los héroes del evangelio jamás han conocido la cobardía. Renace en nuestra memoria el incidente ocurrido entre el santo varón llamado Crisóstomo, y el Emperador Romano, en aquellos días cuando el imperio había desatado su furia contra los seguidores de Jesús. El diálogo que se desarrolló ha pasado a la historia y ha llegado hasta nosotros en esta forma:

Emperador: Te desterraré para siempre.
Crisóstomo: Tú no puedes desterrarme, porque el mundo entero es la casa de mi Dios.
Emperador: Entonces te mandaré a matar.
Crisóstomo: No puedes quitarme la vida, pues mi vida entera ya la he entregado a Jesús.
Emperador: Entonces te quitaré todos los tesoros que poseas.
Crisóstomo: Ningún tesoro humano tengo. Mi tesoro está en el cielo, y con él mi corazón.

Emperador: Te lanzaré fuera, donde estés completamente solo, sin un amigo que te brinde amistad y simpatía.
Crisóstomo: No, Emperador, tampoco así me puedes hacer daño alguno, yo tengo un amigo que jamás se separará de mí. El está conmigo en este momento, y siempre. De ningún modo puedes herirme. Cristo me da valor y no me abandona jamás.

Y al evocar este incidente glorioso el eco del verbo divino nos repite al corazón: 'Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?" No hace muchos meses un gobernador Nazi en Noruega envió una orden al pastor de una fiel congregación indicándole suspender el sermón del siguiente domingo por la mañana, porque él iba a ocupar el púlpito en esa ocasión para pronunciar un discurso explicando las bases del 'nuevo orden' de Hitler. La voz se corrió por toda la ciudad y el domingo por la mañana ni una sola persona oscureció con su sombra el umbral del templo. ¡Y la pasiva rebeldía del pueblo frustró al militarote arrogante! Pero el pastor, secretamente había anunciado un servicio para tener efecto a las tres de la tarde. Cuando los feligreses empezaron a llegar notaron que todas las puertas de la iglesia estaban bloqueadas por soldados con bayonetas caladas y que había un cordón de policías Nazis rodeando todo el templo. Los fieles, según iban llegando se iban agrupando frente a la iglesia. Ya varios cientos de personas habían llegado, cuando uno del grupo empezó a cantar, como desafiando en nombre de Dios el vandalismo totalitario, la gran canción de Lutero, que instantes más tarde fué cantada 'a todo pulmón' y con todo el corazón por todos los fieles presentes. El himmo que cantaron es un testimonio del heroísmo y el valor que siempre ha caracterizado a los hijos de Dios:

Castillo fuerte es nuestro Dios
Defensa y buen escudo
Con su poder nos librará
En este trance agudo . . .

Sin duda alguna el miedo posee gran fuerza creadora; sin freno crea generosamente. Pero tal creatividad se inclina por lo general hacia lo negativo y derrotista. Por eso, al sentirnos aprisionados por el temor, surge instintivamente en nosotros un funesto espíritu de "creación" que achica nuestra prisión y nos pone al borde de la desesperación. Si se presenta la oportunidad de hacer algo provechoso, o si el caso nos pone en situaciones que demanden férrea voluntad y gran determinación, una voz—la voz del miedo, creando dificultades donde no las hay—nos dice constantemente al oído: 'tú no puedes'; 'eres muy débil'; 'se reirán de ti'; 'eso es muy arriesgado'; 'te creerán un ignorante'; etc. El miedo crea imposibilidades, construye barreras y edifica inconvenientes.

Recuerdo que siendo muchacho pasé un verano en el hogar de un pastor rural en Puerto Rico, como a cuatro kilómetros de un simpático pueblecito. Había la leyenda en el barrio de que en la primera curva de la carretera, viniendo del pueblo, todas las noches aparecía un viejo corpulento con un hacha en la mano, y pasaba casi toda la noche sentado al pie de una vieja ceiba de tronco medio ahuecado. A decir verdad, esto no era ya 'cuento', sino que los chicos del barrio (y aún muchos adultos) lo habían tomado bastante en serio y en sus mentes abonadas por la superstición, el viejo en realidad aparecía. De tanto 'meter miedo' yo también llegué a pensar que lo del viejo con el hacha era, si no verdad, una gran posibilidad. . . . Un domingo fuí solo al pueblo y decidí quedarme a un servicio evangélico que se iba a celebrar por la noche. Como a las diez, pasado ya el servicio, me dirigí a la plaza para buscar un carro que me llevara al campo, pero dió la triste casualidad que no encontré medio alguno de transportación. A mí no me preocupaba los cuatro kilómetros . . . pero, ¿y el hombre con el hacha? No me costó otro remedio que empezar a caminar. Para darme valor corté una rama de un árbol y me hice de un buen garrote. Y así

emprendí la aventura. El camino estaba oscuro y la lluvia que había caído al atardecer le había dado a la vegetación cierta humedad misteriosa que, junto con el miedo que yo traía, no me dejaba ni respirar en paz. Recuerdo como ahora como me sentía al aproximarme a aquella primera curva. Sentía escalofríos, me parecía ver sombras sospechosas dondequiera, me dió con pensar que alguien me seguía. . . . Apreté bien el garrote, me hice al otro lado del camino, y sin mirar a ningún lado, y creo que sin respirar, pasé como un rayo frente a la vieja ceiba. Al irme alejando de la ceiba, recobrando ya un poco de tranquilidad, me parecía oir, dentro de mi credulidad infantil, las carcajadas de un hombre robusto a mis espaldas.

Y así son muchas de las situaciones en que el miedo se apodera de nosotros. Quiensabe lo que los discípulos pensaron y sintieron cuando en aquella noche oscura y tempestuosa, en medio del mar, vieron que alguien se aproximaba a ellos caminando sobre la brusca superficie de las aguas. La Biblia es muy breve en su descripción de esta escena, pero sin duda alguna, podemos nosotros aducir, si Cristo no se hubiera identificado casi al momento de ser descubierto, varios de los discípulos se hubieran lanzado al agua llenos de terror y espanto. La llegada de Cristo, y sus palabras: "Soy yo, no tengais miedo," descubrieron para ellos la realidad y la verdad, y al tener conocimiento de la verdad fueron libertados de sus temores.

Hemos dicho que el miedo es fuerza creadora, en lo negativo. Pero hay otra fuerza que crea, y su creación es positiva, optimista, victoriosa, reveladora, eterna. La fuerza de la fe. La fe es el antídoto del miedo, la virtud suprema de los héroes. La vida cristiana es vida de constante creatividad, y esto, por ser vida de fe. Cuando Pablo, dirigiéndose a los fieles de Roma escribió: ". . . el justo vivirá por la fe," (Rom. i:17) implicó que la vida justificada del cristiano es vida en constante postura creadora gracias al poder maravilloso de la fe.

El hombre de fe es aquel que reconoce sus propias limitaciones y se entrega a Cristo de todo corazón a fin de que Cristo, que es la esencia de la creatividad en el espíritu humano, le inspire para conquistar la vida con poder. El hombre que cree es hombre que crea; Cristo ha creado en él un corazón nuevo y el hombre a su vez siente el impulso de crear en términos de servicio y devoción. De ahí que el hombre que cree es hombre que ama, siendo el amor la expresión más noble de la creación en el universo.

Nuestro mundo necesita una nueva dosis de valor. No del valor pasajero que despierta en nosotros una marcha de guerra, sino el valor que forja espíritus nobles y voluntades firmes. Hemos visto como todo en torno nuestro infunde temor y espanto, como vivimos en mares tormentosos y en oscura noche. Pero no olvidemos que en medio de las noches más sombrías, en medio de los momentos más dolorosos que la vida nos presente, en medio de nuestras lágrimas e incertidumbres, hay aún una gloriosa esperanza. Aún Cristo sigue caminando hacia nosotros, muchas veces por medios aparentemente imposibles para los hombres, diciéndonos con voz de amor y comprensión: "Soy yo, no tengais miedo. . . ." AMEN.

COMUNION INVISIBLE CON CRISTO

Y aconteció que yendo, entró Jesús en una aldea: y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Y esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Empero Marta se distraía en muchos servicios; y sobreviniendo dice: Señor, ¿no tienes cuidado que mi hermana me deja servir sola? Dile pues que me ayude. Pero respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, cuidadosa estás, y con las muchas cosas estás turbada: empero una cosa es necesaria, y María escogió la buena parte, la cual no le será quitada.

Evangelio Según San Lucas X—38-42

¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿tribulación? ¿o angustia? ¿o persecusión? ¿o hambre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o cuchillo? . . . Por lo cual estoy cierto que ni la muerte ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Carta a los Romanos VIII—35, 38, 39

La continua disciplina de una íntima amistad con Jesús hace que los hombres se asemejen a EL.

Rev. Harry Emerson Fosdick

COMUNION INVISIBLE CON CRISTO

Lucas 24:13—35

PERDER UN AMIGO querido nos llena siempre de honda amargura, especialmente cuando tal pérdida es la consecuencia de una tragedia fatal. El Evangelista Lucas nos habla de una situación de este carácter en el último capítulo de su Evangelio. Relata él, que al tercer día después de la crucifixión del Maestro, dos hombres iban caminando de Jerusalem a Emmaús, y que estos hombres iban tristes, apesadumbrados, dolorosos. Iban hablando sobre la horrible tragedia que habían presenciado en las afueras de Jerusalem, en la colina del Calvario. "Y aconteció," dice la misma Escritura, "que yendo hablando entre sí, y preguntándose el uno al otro, el mismo Jesús se llegó, e iba con ellos juntamente." Pero ellos no reconocieron al Maestro, resucitado. Sus corazones estaban tan transidos de dolor y el luto había cubierto de tal modo sus pensamientos, que "sus ojos estaban embargados" y se les escapó pensar en la posibilidad de que aquel nuevo interlocutor fuera en realidad el mismo amigo que ellos tanto amaban, y cuya muerte trágica con tanta vehemencia venían comentando.

Jesús caminó con ellos todo el trayecto, y les "declaró" las Escrituras "comenzando desde Moisés," expresándose al fin en la siguiente forma: "¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?" Pero ellos aún no comprendieron que era el mismo Jesús, vencedor de la muerte, quien hablaba con ellos.

Oscurecía ya cuando llegaron a la aldea de Emmaús. Cristo "hizo como que iba lejos" y los dos enlutados amigos, con generosa hospitalidad le invitaron a cenar con ellos. El Maestro aceptó la grata invitación, y al decir de Lucas, aconteció que siguiendo su costumbre, "estando sentado a la mesa, tomó el pan, bendíjolo, partió y dióles." En aquel momento fueron abiertos los ojos de aquellos hombres "y lo conocieron." Pero no hubo tiempo siquiera para un abrazo fraternal de júbilo, ni aún para enjugar una lágrima de alegría; en el mismo instante que fué reconocido, Jesucristo resucitado desapareció misteriosamente de la escena. Los dos amigos se miraron sorprendidos, estupefactos, y se dijeron el uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba y nos abría las Escrituras?"

Cristo había estado con ellos, habían fraternizado con él, pero no pudieron descifrar el enigma de aquella comunión invisible. Sin embargo, aceptaron más tarde que sus corazones "ardían" mientras el 'extraño' transeúnte con ellos compartía. Gozaron de la comunión invisible con Jesús, y aunque no hubo acto espontáneo de reconocimiento, la sensación de aquella comunión les produjo fuego en el corazón.

Aquellos hombres camino a Emmaús nos hacen pensar en nosotros mismos en nuestros días. Las distintas situaciones en que nos pone la vida, embargan nuestros ojos de tal modo que nos cegamos ante las grandes realidades y sólo percibimos las cosas secundarias de la superficie. Nos ofuscamos tanto contemplando el bulto de los bosques que perdemos la oportunidad de admirar los árboles frondosos que lo forman. Por estar tan atentos a la periferia perdemos el placer de contemplar la fuerza vital que desde adentro mueve y conduce el desarrollo de la vida.

Esta civilización mecanizada nos ha empujado hacia el materialismo, nos ha puesto en la disyuntiva de escoger entre los valores invisibles del espíritu, y lo transitorio objetivo del momento. Y hemos escogido lo último, por ser el modo mas 'fá

cil' de actuar, y por ser, lo que ante nuestros ojos de limitada visión ha parecido más 'obvio' y más práctico. Por desventura esta actitud ha sido norma, no sólo de 'materialistas profesionales,' sino de muchos que profesando aparentemente vivir la vida del espíritu, se han dejado marear por la corriente objetivista del siglo.

Hemos endiosado a la "reina estadística." Los grandes números, las grandes cantidades y dimensiones han conquistado nuestras pasiones. Creemos que con decir que tenemos 'la iglesia más grande,' 'la mayor escuela dominical,' 'el promedio más alto de ofrendas,' ya hemos alcanzado el premio 'de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús.' Naturalmente que al decir esto estamos copiando, copiando la lección funesta de la hora, cuando todo lo que oímos es: 'Tal país es grande porque tiene mas teléfonos que cualquier otro país, o porque ostenta el edificio más alto del mundo, o porque produce más radios y automóviles que ninguna otra nación." Pero la copia es barata y absurda. Ni la grandeza de los pueblos se mide por el lujo y las ventajas económicas de los ciudadanos, ni la grandeza del Reino de Cristo se mide en términos de estadísticas sobre ofrendas y bautismos.

Es peligroso juzgar la vida sencillamente por lo que se ve. Las cosas que en realidad valen son aquellas que muchas veces desafían a los sentidos y hasta a la razón misma. Por más lírico que sea un poeta, por más místico que sea en sus arrebatos, nunca podrá reproducir, por medio de sus versos, la totalidad de sus divinos momentos de inspiración. Siempre se verá forzado a guardar parte de ese tesoro en lo íntimo del corazón, como cosa muy suya, privada, íntima, invisible, de sabor celestial. Así mismo la experiencia de la libertad, del amor, de la belleza, la satisfacción de la justicia, el placer de la virtud, son en el fondo cosas para el 'hombre de adentro'; manifestaciones inviolables de

lo que, a pesar de no palparse objetivamente, constituye vital y hermosa realidad.

Cada día nos topamos con pedantes del calibre mental del Dídimo, individuos que usan para todo la fórmula arcaica de 'vista hace fe.' Hombres y mujeres que tienen que 'ver y tocar' para creer. Pero esta gente nunca cree en realidad, porque cada día están descubriendo que lo que ellos consideran la base de sus creencias posee una inestabilidad desconcertante. La misma ciencia nos dice que la materia sufre constantemente cambios interminables. El criterio de nuestras creencias tiene que trascender las limitaciones de lo palpable, si es que deseamos tener una filosofía que despierte en nosotros esperanzas vitalizadoras y conciencia salvadora de finalidad.

El conocido pensador hispanoamericano, el Profesor Antonio Caso, haciendo un análisis de la interpretación materialista de la historia ha dicho: "El marxismo es un falso esquematismo de la historia, ya superado afortunadamente, en la especulación contemporánea. Por sí mismos, los valores económicos carecen de sentido. Nada es útil si no es útil para algo; nada es riqueza, si no enriquece con un fin de placer o de poder; nada vale económicamente en sí." Y luego añade: "El materialismo es una hipótesis metafísica absurda. Su desprestigio procede de que niega una parte de la realidad, la realidad ideal. Es más; lo que directamente se nos da es la idea; sólo a través de ella vamos a las realidades materiales. La conciencia es conciencia de lo real, y lo real puede ser material, ciertamente; pero, en sí, la conciencia es inmaterial. Resulta ser el materialismo una simplificación falsa de lo real; y, como toda filosofía verdadera debe dar una noción adecuada de la realidad, el materialismo, por inadecuado, ha perdido su prestigio ante la filosofía contemporánea; y esto, lo mismo para 'burgueses' que para 'bolcheviques,' porque la Lógica gravita sobre todos los distingos y es absoluta en sus

principios evidentes." (A. Caso, 'La Filosofía de la Cultura y el Materialismo Histórico' (1936, Págs. 25, 38).

Al decir de Paul Valery, vivimos en una época en que "de tantos modos y por tantos lados se desprecian, se falsean y se vician los valores del espíritu. . . ." La civilización del día exalta sobre todos los valores, el dinero y la técnica; pero la técnica y el oro, al decir de un gran pensador cristiano, "sólo cobran sentido a través de la Verdad, la Justicia, la Belleza, y la Santidad."

Hermanos y amigos que me escuchais, no hay hombre, por incrédulo que sea, que no tenga por lo menos una chispa de lo espiritual en lo íntimo de su corazón. El hombre es criatura de Dios, posee por naturaleza propia 'el soplo divino' y aunque esté en las más remotas soledades sentirá siempre el llamado tenaz a reconciilarse con lo espiritual. San Agustín, en su búsqueda activa de lo divino dijo con fervor y pasión: "Oh Dios, tú nos has hecho para ti, y nuestro corazón no hallará reposo hasta que descanse en ti."

Hablamos en esta mañana de la comunión invisible con Cristo. Pero, ¿es acaso tal cosa posible? ¿Puede el hombre, en medio del trajín de la vida, sentir y disfrutar el gozo de la presencia invisible de Jesús? ¿No es esto demasiado idealista, en el mundo agitado y adormecido en que vivimos? No olvidemos que Cristo no cambia, que es fiel a su palabra. El ha dicho que estará con nosotros hasta el fin de los siglos. Si nosotros hacemos nuestra parte, y demostramos interés abriéndole nuestros corazones, el vendrá a ser 'el dulce compañero de nuestras vidas, el jefe de nuestros hogares, el huésped invisible en cada comida, y el silencioso confidente en cada conversación.' Millones de seres han vivido bajo su sacrosanta influencia, y aún hay lugar para nosotros. . . .

Hay dos preguntas que debemos contestar en esta meditación. La primera es: ¿por qué debemos procurar la amistad y

la comunión con Jesucristo? Y la otra: ¿cómo podremos conservar esa amistad con el Maestro?

Afrontemos la primera interrogación y veamos por qué debemos buscar 'la comunión invisible' de Jesús. Me decía una amiga, hace ya años: "No soy una persona religiosa, en el sentido tradicional y convencional del vocablo. Nunca he leído la Biblia, y aparentemente he vivido satisfecha. Sin embargo, yo sé que me hace falta algo; no sé lo que es, pero me siento incompleta. Hay momentos cuando quisiera poseer una fuerza invisible que me impulsara actuar con serenidad, una luz que me indicara la mejor senda a seguir. Mis pensamientos vienen y van sin orientación, sin ruta definida. . . ." Y cuando elle hablaba reaparecía en mi memoria aquello del Obispo de Hipona: "Oh Dios, tú nos has hecho para ti. . . ."

Aquellos hombres que iban camino a Emmaús iban como huyendo de Jerusalem . . . "la Jerusalem enlutada." Iban tristes, inconformes, incompletos, ciegos, hasta que sus corazones empezaron a arder al sentir, aunque inconscientemente, la divina presencia del Resucitado. Me imagino que al Cristo empezar a hablarles, a pesar de no reconocerlo, manifestaron tan vivo interés en El que casi olvidaron sus penas y congojas. Y luego, junto a la mesa, al reconocerlo al partir el pan, su luto se convirtió en sonrisas y sus pesares en esperanzas revividas. Nos preguntamos ahora, ¿por qué buscar la comunión con Jesús? Pues sencillamente porque en El el corazón halla paz, la mente serenidad, el alma felicidad; porque en Cristo hay poder, sabiduría, certidumbre, consolación; porque su influencia es luz en las tinieblas, amparo, fortaleza, peñasco de sombra refrescante en el árido desierto del vivir.

Un amigo me relató la siguiente historia. "Un día, en el verano pasado, saliendo de la oficina como a las seis de la tarde, sentí un dolor paralizante en toda la región del corazón. Noté que no podía mover el brazo izquierdo, y rápidamente llegué

a la conclusión que me fin había llegado. Pero yo no quería morir en la calle; quería expirar, al menos, junto a mi esposa y mis hijitos. Haciendo un esfuerzo sobrenatural llamé un taxi y así pude llegar hasta mi casa. . . . Después de dos semanas de tratamiento médico, el doctor me indicó que me fuera al campo y me pasase unas semanas descansando. Así lo hice y me trasladé con mi familia a la costa del Atlántico. Allí me puse en contacto con la naturaleza y traté de seguir al pie de la letra todas las instrucciones que me habían sido encomendadas. . . . Un día, un amigo me regaló un librito y me dijo: 'Ya que no tienes mucho que hacer en estas soledades, pásate unas horas leyendo esto.' Era un Nuevo Testamento. Lo leí con interés y curiosidad. Releyendo algunos de los pasajes mis ojos se detivieron extasiados ante unas palabras que cobraron en mi mente maravilloso significado; eran aquellas palabras de Jesús: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar. . . ." En aquel momento vislumbré la solución de mi problema. Fuí a Jesús en oración, busqué su comunión, acepté su invitación, y hubo paz y calma en mi espíritu. Mi padecimiento del corazón, que se debía a mi estado nervioso y mental a causa de mis muchas preocupaciones, desapareció por completo porque la causa fué removida mediante la influencia benéfica de Jesús. . . ."

Quien así hablaba era un profesional de talla, un hombre de letras, y de alta posición social. Pero esta misma oportunidad de buscar la comunión invisible y poderosa con Cristo es para todos en general, sin distinción de raza, de posición económica, y sin reparos intelectuales. Nos preguntamos, ¿por qué buscar la comunión con Cristo? Pues en breves palabras, porque en él hay vida, 'vida en abundancia,' y la más dulce paz que el hombre pueda soñar.

La otra pregunta es tan importante como la primera: ¿Cómo habremos de conservar esa amistad, esa comunión con el Maestro?

Hay tres pasos indispensables para ello. En primer lugar, considerando la vida como algo confiado a nosotros por Dios. Es decir, viviendo en la seguridad de que la vida es mucho más que un simple accidente en el universo, y aceptando con profundo reconocimiento que vivir implica una alta finalidad. Nuestro Señor Jesucristo le confió a Judas el privilegio de su amistad y el secreto del apostolado, pero Judas hizo mal uso de la confianza puesta en él, y terminó destruyéndose a sí mismo. Si es que anhelamos de veras vivir la vida del espíritu tenemos que actuar reconociendo siempre que la personalidad es en esencia don y atributo de Dios.

Hay una gran diferencia entre amarse a sí mismo y amar la vida. Hay individuos que no se saben amar y olvidan que amar la vida no es necesariamente preservarla físicamente, sino dedicarla a un continuo reconocimiento de su valor y finalidad. Dios nos ha dado la vida con el propósito de que nosotros apreciemos el valor de tal privilegio. Amar la vida es ante todo reconocer que ella tiene que regirse a base de principios y no de conveniencias. Amor implica reconocimiento del valor; amamos lo que a nuestro juicio es digno de valía. Por eso, al procurar la amistad de Jesús, el primer paso ha de ser valorizar la vida en términos altos, dignos, y genuinamente espirituales; pues así el vivir se convertirá en algo confiado a nosotros por Dios, cuyos reclamos harán eco en las esferas del amor, la abnegación, el sacrificio, y la integridad.

En segundo lugar, no basta con reconocer teóricamente el valor de la vida, sino que también se impone la necesidad de vivir en constante superación, si se desea esa divina comunión con Cristo. Con razón dijo Pablo: "No os conforméis a este siglo. . . ." La vida cristiana es vida de acción, de progreso, de superación constante. A veces caemos en el error de pensar que estamos inmunes al progreso porque hemos alcanzado la perfección cristiana. ¡Pero lejos esté de nosotros el pensar tal cosa!

Aún Pablo, el intrépido y venerable apóstol escribió con humildad: ". . . no que ya lo haya alcanzado, mas prosigo al blanco. . . ."

Hermanos míos, mientras más Cristo se revela a nosotros, más 'arden' nuestros corazones por estar con él. ¡Ay de los que con espíritu farisáico se consideran tan irreprochables que no se exponen al progreso! Los discípulos que iban hacia Emmaús sintieron fuego en sus corazones y fueron poco a poco progresando hasta que sus ojos fueron abiertos y reconocieron a Jesús. Nosotros también, en este sentido, vamos camino a Emmaús. Aún nuestros ojos no están abiertos del todo. Por eso leemos en la Epístola a los Corintios: ". . . en parte conocemos y en parte profetizamos, mas cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será quitado . . . hoy vemos por espejo en oscuridad, mas entonces veremos cara a cara . . . ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido."

Pero para desarrollar en nuestras vidas esa paz espiritual que Cristo ofrece, luego de haber reconocido el valor de la vida, y luego de asumir postura de superación constante, será necesario que demos a las cosas esenciales lugar prominente en nuestras vidas. Digámoslo de esta manera: tenemos que poner las cosas de valor en el primer lugar. Ya hemos afirmado que vivimos en un mundo que ataca la línea de menor resistencia y donde el hombre promedio se complace en escoger lo 'material,' lo periférico, lo objetivo. Previniendo actitudes como estas fué que Cristo amonestó a sus seguidores con aquellas inmortales palabras: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os vendrá por añadidura."

Poner las cosas primordiales en lugar de preferencia no es asunto fácil. Se dice que Lincoln, en su campaña política de 1858 manifestó a varios de sus amigos que en un próximo discurso iba a atacar 'ciertos asuntos muy delicados' del partido. Esto no asentó bien a muchos de sus seguidores y le dijeron francamente que si él decía tales cosas desde la tribuna estaba

expuesto a perder las elecciones. A lo que el gran Emancipador respondió: "Si es que yo he de ser derrotado a causa de este discurso, entonces dejadme caer unido a la verdad."

El Nuevo Testamento nos relata un incidente elocuente, en este mismo asunto. Nos cuenta Lucas que Pablo y su compañero de obra misionera, Silas, fueron apresados en la ciudad de Filipos y después de ser ultrajados y azotados fueron metidos en 'la cárcel de más adentro'. Y aún no bastante este tormento, los guardias de la cárcel metieron sus pies en cepos. Sin embargo, estos dos hombres, lacerados y perseguidos por el simple hecho de haber predicado 'una nueva doctrina' cantaban himnos de alabanza a Dios, en medio de la oscuridad y la fetidez de la prisión. La alternativa de ellos fué; quejarse y lamentarse por la amarga situación que estaban afrontando, o alabar a Dios en medio de la prueba. Y ellos pusieron la alabanza de Dios en primer lugar, porque había en sus corazones la potencia de Cristo que les inspiraba a poner las cosas esenciales en el primer lugar.

Todo lo que hemos dicho resultaría humo de teorías si junto a ello no vislumbrásemos un medio de inspiración que nos impulse hacia la realización de esos principios . A nuestro modo de ver el medio más eficiente es la oración. El Dr. Harry Emerson Fosdick, uno de los ministros más prominentes del mundo, cuyos cuarenta años de servicio pastoral marcan una era en la historia de la cristiandad moderna, ha dicho en uno de sus sermones que la oración es la aventura del alma en comunión con lo invisible. Hoy nosotros, meditando sobre la comunión invisible de Jesús, recordamos esas palabras porque sabemos que sólo en el dínamo de la oración hay la energía suficiente para transformar nuestras vidas y hacer de ellas baluarte del espíritu. Un himno evangélico, inmensamente popular, conlleva este mensaje; ¿lo recordáis?

¡Oh que amigo nos es Cristo
El llevó nuestro dolor
Y nos manda que llevemos
Todo a Dios en oración.
¿Vive el hombre desprovisto
De paz, gozo y santo amor?
Esto es porque no llevamos
Todo a Dios en oración.

Orar con fe, he ahí la fuerza que nos acercará al Maestro y facilitará que gocemos siempre de su grata compañía. Ha dicho el gran intelectual evangélico Jorge P. Howard: "Tengamos fe: una fe ardorosa, que lleve en sí el calor de la vida, pero nunca la llama abrasadora del fanatismo; una fe racional, pero no fría ni abstracta; valiente, pero no temeraria ni precipitada; confiada y ecuánime, pero no superficial ni adormecida; una fe que no sea dócil ni servil, ni supersticiosa; una fe que no nos separe de nuestros prójimos, sino que nos convierta en grandes amantes de la humanidad." AMEN.

EL EVANGELIO ES DEMOCRATICO

"Empero hay diversidad de dones, mas el mismo Espíritu es."

I Cor. 12:4

EL EVANGELIO ES DEMOCRATICO

"Algunos dijeron que hizo un trueno, otros, que un ángel habló . . ."

San Juan xii—20-30

CRISTO HABIA estado hablando a sus seguidores sobre asuntos de gran importancia, sobre las cosas sencillas de la vida buena. Había dicho entre otras cosas, y en forma simbólica, que "si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él sólo queda, mas si muriere, mucho fruto lleva." Y mientras hablaba sobre el arte de servir a Dios y a los hombres, "algo" sucedió tan rápidamente que los presentes no tuvieron tiempo para darse cuenta exacta de lo sucedido. Fué algo así como "un ruido" que vino a acentuar las palabras del Maestro. Los liberales del grupo dijeron que había hecho un trueno;los más ortodoxos afirmaron que un ángel había hablado. Pero Cristo, en su carácter de conciliador eterno, y como esencia de la verdad, declaró que 'lo sucedido' había sido con el propósito de glorificar al Hijo de Dios. Hubo diferencia de opinión, pero en lo fundamental todos estuvieron conformes y prestamente aceptaron que aquello misterioso había tenido como finalidad glorificar al Salvador.

Cuando un grupo de personas deja sus hogares para congregarse en su iglesia, como vosotros habéis hecho hoy, y como hacéis domingo tras domingo, no cabe duda que cada uno tiene distintos problemas, distintas dudas, distinta manera de ver la vida, distintos ideales, y distintas maneras de reaccionar ante las diversas situaciones que se afrontan a diario. Sin embargo, en medio de esa gran diferenciación de 'dramas internos' encontra-

mos que se destaca felizmente un punto en común: el deseo ardiente de adorar, de leer las Escrituras, de cantar juntos, de escuchar el mensaje del predicador, y el deseo vivaz de compartir la sana confraternidad "de todos los hermanos igualmente en uno."

Dondequiera que hay dos o más congregados, hay la posibilidad de disparidad de criterio, aún en torno a las situaciones más comunes. Algunos dirán 'que ha hecho trueno' otros 'que un ángel ha hablado'; pero esa misma disparidad, encauzada por nobles derroteros acuciará la búsqueda de la verdad y será incentivo para un acercamiento sincero en aquellos puntos que en realidad valen y constituyen la verdadera armonía.

La felicidad no pertenece a los decididamente conformistas, el triunfo no es de aquellos que atesoran la actitud autómata del rebaño. Bienaventurados los de sabia inconformidad, decimos nosotros, porque de ellos es la conquista de las alturas. Miremos hacia atrás un instante: Dios no estuvo conforme hasta enviar a su Hijo Unigénito "para que todo aquel que en el crea no se pierda, mas tenga vida eterna"; Cristo no estuvo conforme hasta ser levantado en alto en el Calvario y "ofrecer su vida en rescate por muchos"; el apóstol Pablo no estuvo conforme hasta poder decir al fin de sus días "he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe"; San Agustín no estuvo conforme hasta encontrar a Dios y descansar místicamente en El; Lutero no estuvo conforme hasta romper el yugo que el romanismo había impuesto sobre el corazón y la mente de Europa durante largos siglos de oscurantismo; Roger Williams no estuvo conforme hasta fundar la primera comunidad netamente democrática en el Nuevo Mundo. Todos los grandes reformadores, descubridores, científicos, todos los inmortales héroes de la fe, los grandes paladines del Evangelio, han sido el producto de una sana y sabia inconformidad. "Algunos dijeron que hizo un trueno, otros que un ángel habló," pero en lo esencial todos

lucharon con denuedo por hacer que brillara el ideal y la pureza de su unidad espiritual.

La inconformidad varía con el calibre espiritual de los hombres; puede ser estímulo de superación o tirón hacia la caverna. Hay individuos que son inconformes con postura negativa, personas que siempre le están buscando 'el lado malo' a todas las cosas. Estos, naturalmente, obtienen fácilmente lo que desean y así se labran su propia desdicha. Es fácil encontrar 'lo malo' en lo que nos rodea; mucho más fácil que descubrir lo bueno que hay en torno nuestro. Quiensabe si esto se deba en parte a la infinidad de impresiones negativas que se anidan en lo subconsciente, y en parte también por la inclinación pecaminosa del hombre. Por eso nos es más fácil citar aquellas cosas que a nuestro juicio no debe haber en el 'cielo' que enumerar las cosas buenas que allí podremos encontrar. Hallar lo bueno demanda un gesto de decisión, implica salirse del plano común en que se vive, elevarse sobre la 'normalidad,' y dispararse por cuenta propia hacia esferas superiores. Hay inconformes de la escuela del pesimista hebreo que exclamaba: "todo es vanidad, vanidad de vanidades," e inconformes de la escuela del eterno apóstol que en medio de las persecusiones exclamaba: ". . . no que ya lo haya alcanzado, mas prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús."

El que crea que no puede haber unión dentro de los marcos gloriosos de una sabia inconformidad, desconoce, no sólo la historia de la iglesia cristiana, sino los principios elementales de toda forma democrática de gobierno. No sólo es posible, sino necesaria, una unión de propósito y de espíritu para realizar, dentro de las diferencias periféricas de opinión, los ideales que elevan al hombre y lo arrancan de la barbarie para acercarlo a Dios. Y la delineación de esos propósitos esenciales es lo que a la larga habrá de determinar el tipo de fines a cristalizarse. Por naturaleza propia somos diferentes, pero también por propia

naturaleza venimos investidos con la capacidad de discernir entre aquello que se perfila con fines egoístas y aquello que augura el bienestar de todos o la realización de una gran causa. Observando uno de los grandes trasatlánticos he pensado muchas veces que a pesar de la oficialidad tener distintas maneras de pensar y reaccionar ante distintas experiencias, todos juntos, desde el capitán hasta el más inferior de los subalternos, saben su misión a cumplir, el rumbo que va a tomar la ciudad flotante, y el próximo puerto a tocar. Hay unidad de propósito en cada viaje, a pesar de haber discrepancia en torno a asuntos de diversas naturalezas.

El notable escritor inglés Gilbert K. Chesterton nos ofrece en este caso una ilustración interesante. Su pluma maestra nos pinta el siguiente cuadro: En una pequeña y apartada ciudad hay una gran multitud aglomerada junto a un poste del alumbrado. Esta multitud esta empeñada en derribar el poste al suelo. En medio del forcejeo se aparece un monje, de actitud sabia y apariencia reposada y les pide que se detengan un momento y piensen en el valor de la luz. Pero la multitud no está interesada en discusiones teóricas, y continúa balanceando al poste hasta que lo derriba al suelo. Pero ahora que lo ha tumbado, se descubre que cada uno de ellos lo quería derribar por un motivo distinto. Algunos querían la luz, otros querían el hierro viejo, otros querían un poste más barato, otros uno mejor, y otros no querían ningún poste. Y ahora se ven obligados a retornar al asunto del monje, la cuestión filosófica del valor la luz . . . pero ahora se ven forzados a llevar a cabo la discusión en las tinieblas . . .

Los enemigos del Protestantismo lo han atacado especialmente a causa de sus muchas 'divisiones.' Es decir, el Protestantismo ha estado casí siempre bajo fuego por ser un movimiento de inconformes, de individuos que han rehusado someterse a dictaduras eclesiásticas y han preferido usar sus inteli-

gencias y voluntades en el esfuerzo de acercarse a Dios. El Protestantismo está dividido del mismo modo que está dividida toda entidad democrática donde no se impone el criterio de nadie en particular, donde el individuo tiene el derecho inalienable de pensar sus actos, de razonar sus principios, y donde su personalidad no está enyugada a las maquinaciones y decisiones de jerarquías arbitrarias.

El llamado 'divisionismo' Protestante, padre de la democracia moderna, ofrece a todos los partícipes la oportunidad de usar la inteligencia en términos de servicio a los hombres. Un sistema de casta, autoritario o sacerdotal, donde el individuo queda totalmente supeditado a la autoridad, y donde la personalidad cuenta sólo como instrumento y no como finalidad, es, a pesar de los ropajes con que se vista, un sistema totalitario, dictatorial, anti-democrático, y por consecuencia anti-cristiano. Cristo vino a buscar, a salvar y a dar luz a hombres y mujeres, a individuos, y no a entregarse en holocausto por la técnica o la maquinaria de una institución.

Hace varios años el Profesor José C. Rosario, de la facultad de Sociología de la Universidad de Puerto Rico publicó un valiosísimo estudio sobre el 'jíbaro' (campesino) puertorriqueño. En la sección dedicada al aspecto religioso del jíbaro, dice el autor de los únicos que hablaron de haber sido 'convertidos' fueron los evangélicos. Los demás, o 'nacieron católicos', o 'se hicieron espiritistas', o 'no creían en nada'. Lo que nos pone a pensar seriamente en el alcance democrático del evangelio. La conversión, que es acto individual, producto de las más íntimas sensaciones privadas del hombre, y que es sobre todo cuestión de voluntad propia, es la base de la vida religiosa de este tipo de 'nuevo hombre'.

Uno de los versos que mejor retrata la psicología española es el verso bíblico en consideración: "Algunos dijeron que hizo un trueno, otros que un angel habló". ¡Ah! ¡ese individualismo

español tan comentado por poetas, novelistas, dramaturgos y filósofos! Ese hombre 'de carne y hueso' de que nos habla Don Miguel; ese sentido de pasión individualista sobre el cual pondera Madariaga! Algunos ibéricos 'dijeron que hizo un trueno', y nosotros, al otro lado del mar lanzamos la nota de oposición gritando que no, que fué un angel que habló. Sin embargo, donde se han unido los verdaderos inconformes ha sido en aquellos puntos de carácter espiritual donde el impacto de la cultura ha producido la armonía y nos ha puesto en latitudes superiores.

Debido a que el cristianismo es cosa personal, es obvio reconocer el carácter individualista del mensaje evangélico. El cristianismo no es la 'religión de un grupo' sino el poder y la paz de Dios reinando en los individuos que le aman. El apóstol Pablo escribiendo a las iglesias de Galacia dijo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí." (Gál. ii—20) Nótese el carácter individualista de la actitud paulina. Primera persona singular; interés directo de Dios por el hombre, por los hombres 'uno por uno'; amor tan grande que llegó al sacrificio por rescatar a Antonio, a Carmen, José, a Mercedes, a usted, a mí, a la humanidad entera. En esta experiencia personal, Cristo viene a ser el centro de la vida, el tribunal de apelaciones más elevado, el dueño absoluto del destino individual. El hombre ya no se considera dueño de sí mismo, sino vasija entregada en las manos de Dios para que éste la llene de amor, de gracia, de fuerza, de paz.

"Algunos dijeron que hizo un trueno . . ." otros tendrán su manera personal de interpretar esa experiencia personal de Cristo en sus vidas; pero uniendo a todos habrá el hilo invisible de la fe que nos vincula en la actitud sincera de alabar y glorificar al Hijo de Dios. El ejemplo más reciente del espíritu de unión que

prevalece en el mundo cristiano lo encontramos en la Reunión Mundial del Consejo Misionero Internacional, celebrada en Tambaram, cerca de Madrás, India, del 12 al 29 de diciembre del 1938, donde se congregaron cerca de 500 delegados de 69 diferentes países y territorios. Cada delegado alentaba sus propias ideas sobre las variadas ponencias, cada uno poseía cualidades y características diferentes: pero en una cosa estaban unidos, en haber todos conocido a Jesucristo, en haber sido "juntamente crucificados con él", y en el deseo ardiente de llevar a la realidad el mensaje de la oración intercesoria del Maestro: "Para que todos sean una cosa, como tú, Oh Padre, eres en mí y yo en ti". Fué en una de las sesiones de este magno congreso, donde la profundidad espiritual y la solidez intelectual campearon, que se aprobó, entre otros, el siguiente manifiesto: ". . . aún cuando estamos siempre en peremne necesidad de renovación, tenemos un anticipo de la realidad del Cuerpo de Cristo y la bendita compañía de los fieles cuando experimentamos: 1-ese sentido de comunión y unidad con los creyentes de todas las razas, culturas y nacionalidades, que triunfa sobre la tensión y la amargura producida por la guerra y los conflictos. 2-ese sentido de comunidad cristiana que surge de la participación con los creyentes en la vida organizada de la iglesia por medio de su culto, sus sacramentos, su testimonio y sus trabajos. 3-y ese sentido de ser soldados de la cruz, que nos une con los demás creyentes en la gran lucha bajo la bandera de Cristo contra todas las fuerzas del paganismo y la irreligión en la vida que nos rodea." El Dr. Juan A. Mackay, actual Presidente del Seminario Teológico de la Universidad de Princeton ha dicho acertadamente que "el propósito de la historia es la creación de una sociedad de carácter divino que abarque y trascienda los pueblos de todas las naciones". Una sociedad, que necesariamente habrá de ser de 'inconformes', digamos, no de autómatas, donde la hermandad espiritual del hombre predomine y sea el producto de profundas convicciones religiosas.

En días turbulentos como éstos, la iglesia de Cristo tiene un gran mensaje para todos los pueblos; mensaje práctico, lleno de poder, y portador del secreto de la paz y la armonía entre los hombres. Hoy que nos vemos en lucha tenaz por defender los derechos del hombre, por rescatar aquellos valores que han sido pisoteados por políticos sin escrúpulos, la iglesia de Cristo ofrece la fórmula más eficaz para conseguir que los hombres disfruten de armonía y concordia, a pesar de sus diferencias de opiniones.

La tragedia del hombre ha sido que éste no ha descubierto (dentro de sus alcances limitados) un medio adecuado para hacer que, a pesar de poseer ideas, opiniones y ambiciones distintas de las del prójimo, logre ponerse por encima de ellas y se dedique a buscar el bien de la comunidad. "Algunos dijeron que hizo un trueno", y por defender su opinión fueron a la guerra y cometieron sacrilegios; otros "dijeron que an ángel habló", y por sostener su posición enredaron pleitos, levantaron falso testimonio, y hasta traicionaron a los propios suyos; y todo esto, porque no hubo el agente conciliador que neutralizara las corrientes opuestas e hiciera que ambos bandos, a pesar de sus discrepancias y opiniones, glorificaran al Hijo de Dios.

Nosotros vemos a la iglesia de Cristo como ese *agente* conciliador. En el incidente que estamos considerando en estos momentos, Cristo fué el medio para traer a un entendido las dos facciones en oposición. En nuestros días, la iglesia, compuesta de 'testigos' y 'embajadores' de ese mismo Cristo es la llamada a traer a los hombres otra vez a Jesús en busca de un entendido sincero entre los hombres.

Los seguidores de Jesús estaban muy preocupados con el origen del ruido que se oyó mientras El hablaba. Aquella diferencia de opinión, llevada a un extremo de temeridad pudo haber causado un grave altercado entre los presentes. Pero Jesús, sabiendo dar a cada cosa su debida importancia, y reflejando, como siempre, su gran virtud de conciliador, unió las fuerzas opuestas

al hacer que ambos bandos, olvidando sus pequeños intereses, miraran hacia algo superior, de más valor y más cuantía. Tanto los que dijeron que hizo un trueno, como los que afirmaron que un ángel había hablado, (algo así como la empedernida lucha entre los acerbos racionalistas y los violentos ortodoxos de concha cerrada) se unieron mediante la invitación de Jesús en la aceptación de que lo sucedido había tenido un propósito: glorificar al Hijo de Dios.

Oremos para que ese espíritu democrático y altamente progresista del Reino de Dios, y para que el poder conciliador y redentor de Jesucristo se extienda por todas las naciones como testimonio de un positivo avance hacia la paz eterna entre los hombres. AMEN.

RAZON Y GLORIA DE LAS MISIONES

"Mas los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado... Y como le vieron le adoraron, mas algunos dudaban. Y llegando Jesús les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el Cielo y en la tierra. Por tanto id, y doctrinad a todos los gentiles bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

San Mateo XXVIII—16-20

"He aquí una interpretación neotestamentaria de la naturaleza y de la función de la iglesia. En los tiempos del primer siglo no fueron los teólogos, ni los graduados de seminarios, ni los evangelistas profesionales los que propagaron el Evangelio en las tierras del Imperio Romano. El Evangelio se extendió por obra del Espíritu Santo y por obra del hombre de la calle, valga decir, del cristiano anónimo, del converso oscuro. El cristianismo se extendió de paria a paria, de esclavo a esclavo, de obrero a obrero, de soldado a soldado. Cada convertido salía disparado por catapulta divina, impelido por el 'ay de mí' de los siglos, no ya a predicar sermones ni a defender tesis, sino que a comunicar la nueva del hallazgo del tesoro a su amigo, a su conocido, y aún al primero que se encontraba. He aquí la fórmula de la iglesia misionera, de la iglesia evangelizadora que nos hace falta todavía en muchas partes de ese campo inmenso que se llama la América Latina."

Alberto Rembao

RAZON Y GLORIA DE LA MISIONES

SEGURAMENTE que muchos de vosotros habeis oído hablar, o tuvisteis la oportunidad de ver a Houdini, el mago de fama mundial. La señora Houdini, su viuda, reveló hace poco uno de los aspectos más interesantes de la vida privada de este hombre singular. Relata ella que por más de treinta años su esposo le escribió una carta de amor, diariamente. Añadiendo: "Aún después de su muerte, por varios años continué 'recibiendo' cartas de amor de mi esposo, pues él tenía por costumbre esconderlas a veces en distintos lugares de la casa, y yo, removiendo los muebles algunas veces, o quitando alguna alfombra, u hojeando algún libro viejo, encontraba y leía con lágrimas en los ojos, aquellas dulces misivas, tan tiernas y sinceras."

Nunca nos cansamos de repetir aquello que nos agrada y posee valor para nosotros. El amante no se cansa de repetirle a su amada su devoción, el poeta no se hastía de vertir en metro sus sentires, el reformador no pone tregua a sus prédicas de renovación, la madre no repara en los dēsvelos que sus hijos le ocasionan, y el cristiano verdadero nunca cree haber llegado al límite de repetir la bella y antigua historia de Cristo y de su amor. Por eso es que una y mil veces ha entonado con vivificadora religiosidad la popular selección que empieza: "¡Oh! contádmelas otra vez, bellas palabras de vida . . ."

La historia del cristianismo es la historia de la gloriosa repetición de un mensaje que con los años y los siglos, en vez de caducar, se renueva, toma nuevos ímpetus y ofrece nuevas facetas que lo hacen, no sólo más atractivo, sino más vital, necesario y actual. El esfuerzo por llevar esa 'historia' al mundo entero, por

medio de individuos abnegados y fervientes, es lo que conocemos nosotros con el nombre de 'movimiento misionero.'

Después de la resurrección de Jesús, un hombre llamado Pablo vió la luz del evangelio, oyó la historia divina, se convirtió en un 'nuevo hombre,' y dedicó el resto de su vida a repetir la historia en múltiples partes del mundo Mediterráneo. Por repetir esas buenas nuevas fué perseguido, calumniado, despreciado, apresado, apedreado, enjuiciado, ultrajado, martirizado. Oigamos su propio testimonio: "De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con vara, una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio . . . en caminos muchas veces, peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos . . . en trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez . . . " (II Corintios 11:24–27) Pero a pesar de todos sus sufrimientos siempre repetía con fe infinita: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." (Filipenses 4:13) Caminó infatigablemente por los senderos candentes de Palestina, cruzó el mar y fué a Atenas, a Corinto, a Roma; predicó en Filipos, en Jerusalem, en Troas, en Tesalónica, en Creta; en ciudades esplendentes y paganizadas, en aldeas olvidadas y 'tranquidas.' Predicó el evangelio en la cárcel estando preso, en galeras cargado de cadenas, en los círculos filósoficos e intelectuales de Atenas, ante concilios respetables y ante doctos jurados. Predicó tambien con toda pasión a humildes hombres y mujeres, al pueblo.

Dice el evangelista Lucas, relatando los viajes misioneros de Pablo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles: "Y fué mostrada a Pablo una visión: un varón macedonio se puso delante rogándole y diciendo: 'Pasa a Macedonia y ayúdanos' . . . Y como vió la visión luego procuramos partir a Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que le anunciásemos el

Evangelio. Partidos pues de Troas, vinimos derecho a Samotracia, y al día siguiente a Neapolis, y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la parte de Macedonia . . . y estuvimos en aquella ciudad algunos días . . ." (Hechos xvi—9-12)

Con razón se ha llamado a Pablo el 'campeón de los misioneros.' Su obra se extendió por un período de treinta años, dividiéndose en cuatro etapas en la forma siguiente: tres años en Damasco; catorce años en Siria y Cilicia, teniendo a Antioquía como centro; siete años en el Asia Menor, teniendo a Grecia, a Corinto y a Efeso como centros; y cinco o seis años de cautividad, primero en Cesarea y luego en Roma. Aunque la historia no es precisa en lo que respecta a la fecha de su muerte, se sabe que fué víctima del martirio más o menos en el año 64 A.D., bajo la persecusión neroniana. Fué Pablo el genio usado por Dios para sacudir el cristianismo de los grillos de la ley hebráica, ofreciendo al mensaje evangélico una vitalizadora interpretación universal. Sus epístolas a las iglesias son ejemplo clásico de la fe cristiana. Como ha dicho el Profesor Ernest F. Scott, "su teología es sobre todo la transcripción de una profunda e intensa experiencia religiosa, y éste ha sido el secreto de su influencia y de su valor."

Pero en esta meditación no vamos a hacer un análisis de la carrera misionera del gran apóstol a los gentiles. Lo tomaremos sencillamente como el prototipo del hombre de Dios que, arriesgándolo todo, y en términos de amor se consagró a repetir, por medio de la palabra y la acción, aquello que para el constituía toda su existencia: el mensaje vivificador de Jesucristo.

Larga sería la lista de todos aquellos que desde el primer siglo hasta nuestros días han ofrecido sus vidas en testimonio de lo que Cristo ha hecho por ellos; interminable sería la tarea de buscar los nombres de todos los fieles que desde el principio se esforzaron en vivir el evangelio y propagarlo con la elocuencia del verbo y la potencia del ejemplo. Son millares los que han

oído palabras similares a las de Pablo en su visión retadora. Ante el desfile de la eterna caravana nos detenemos para contemplar figuras como la de Peter Parker, el primer médico misionero en la China; el Padre Francisco Javier, heróico embajador del Reino en el lejano Oriente; el Dr. David Livingstone, misionero—médico—explorador de la selva africana; Mary Slessor, la tímida joven escocesa que oyendo 'la voz de la visión' se internó en el continente oscuro para servir en el nombre de Jesús a sus hermanos africanos; el Dr. Albert Schweitzer, médico, teólogo, filósofo, e incomparable músico (inigualado intérprete de Bach), curando cuerpos y sanando almas en la selva ecuatorial del Africa; y el Dr. Gordon Seagrave, en Birmania, aún ofreciendo en la actualidad sus servicios amorosos y desinteresados en el nombre del bendito Salvador.

Y en este lado del mundo, ¡qué muchos gloriosos ejemplos de abnegación, celo y sacrificio por esparcir las nuevas de la historia hermosa de Cristo y de su amor! La América Hispana ha sido bendecida con la labor de sublimes testigos del Señor. Pensamos en James Thompson, quien trabajó como educador y colportor en Buenos Aires y en distintas partes de Sur Am;rica, a principios del siglo pasado y de quien a dicho el Dr. W. Stanley Rycroft, actual presidente del Comité de Cooperación de la América Latina: "James Thomson no es sólo el precursor del movimiento evangélico en la América Latina, sino que simboliza dos de la más conspicuas contribuciones ofrecidas al pueblo de esas áreas: la educación popular; y la Biblia." (Véase: *On this foundation* por W. S. Rycroft, pág. 74) Recordamos también al Reverendo Alfred Story, fiel siervo de Dios que por años sirvió en Puerto Rico y cuyos restos mortales descansan en una tumba humilde en el pueblecito de Carolina. Recordamos tambien al Reverendo Stephen S. Huse, gran educador, abnegado, sencillo, puro, visionario, fundador de la Academia Bautista de Barranquitas, en las montañas de la isla de Puerto Rico. Y no olvidamos al Dr.

James Warren, siervo de Cristo entre los indios mexicanos, cuya simpatía, su fe, y su extensa cultura cautivaron, desde el Presidente de la República, hasta los más humildes campesinos. Y tampoco podemos olvidar al Reverendo John Luther Stevens, hombre de Dios, misionero de Jesucristo, asesinado en compañía de su ayudante "el hermano Islas," por una turba sedienta de sangre y borracha de odios y prejuicios, en Ahualulco, Mexico, el 2 de marzo del 1874.

Pero no todos los que se han dedicado a 'repetir la bella historia' en la América Latina han sido ni son extranjeros. El movimiento misionero ha preparado líderes, hombres y mujeres que como el apóstol Pablo han oído la voz de sus vecinos y se han dedicado a llevar a otros la consolación del evangelio. El Protestantismo, contrario a la Iglesia Católico-Romana, ha desarrollado un liderato nativo eficiente y genuiamente consagrado. Para verificar nuestra afirmación tomenos sencillamente un caso, el caso de Puerto Rico. El noventa y nueve por ciento del ministerio evangélico en este país está en manos de puertorriqueños, mientras que la iglesia Romana, a pesar de sus cuatro siglos y medio de presión e influencia en la isla, sólo tiene en la actualidad en escaso puñado de puertorriqueños en el sacerdotado, valiéndose especialmente de españoles, daneses o americanos, para ejercer las funciones clericales en la isla.

¿Cuál ha sido la fuerza, la razón, o el poder, que ha despertado en el corazón de estos individuos la pasión por el evangelio y el deseo de continuar repitiendo la 'antigua' pero eterna historia? Los motivos de este misterio hay que buscarlos en lo profundo del corazón. En cada caso ha habido una circunstancia distinta, pero sin fallar, en todos ellos ha habido una serie de 'acontecimientos interiores' que necesariamente son de tipo universal y constituyen ante Dios la credencial indispensable del genuino embajador del Reino.

En primer lugar estos individuos han pasado por el crisol de

la conversión. A mí no me importa lo que dilettantes en psicología se atrevar decir contra la experiencia de la conversión; la verdad es que en el campo de la genuina ciencia y en el terreno de la historia y la experiencia humana, no hay realidad más incontrovertible. Preguntadle a Pablo, a San Agustín, a Lutero, a Wesley, a Jorge Fox, a Jonathan Edwards, a George Truett, a Harry Emerson Fosdick, al pastor de cualquier iglesia cristiana, o a cualquier cristiano sincero y sencillo de esta congregación. La conversión es el acto de abrirle la puerta a Jesús y permitirle entrar en el corazón. Y este ha sido el primer paso de todo verdadero embajador del mensaje evangélico. El individuo convertido a Jesucristo experimenta un cambio radical en su vida, se torna en 'nueva criatura,' bullen en su mente nuevos ideales y nobles disposiciones, comprende juiciosamente sus limitaciones y se entrega sin reservas a la voluntad amorosa de Dios. Desarrolla a la vez un firme sentido de seguridad a base de la fortaleza que ofrece la fe en Dios, fortaleza que le impulsa a 'negarse a sí mismo,' a compenetrarse de las necesidades de los demás y a ofrecerse al mundo entero en aras de un mundo mejor por medio del poder que en él ha obrado maravilla. La conversión conlleva un heróico espíritu de renunciamiento, una voluntad sin mácula para el sacrificio, y una pasión altruista y desinteresesada extendida hasta lo infinito.

Atinado estuvo nuestro Salvador al decir en cierta ocasión: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame." Convertirse el hombre en 'nueva criatura' obedece a la formula de 'olvidar ciertamente lo que queda atrás,' es imprimir a la vida el sello generoso del 'no-yo,' equivale a investirse de una capacidad espiritual que suplante y sobrepase a todo lo pasado. Esto en sí engendra la vocación por el sacrificio, no el sacrificio a caza de halagos humanos, sino el sacrificio que es hijo de un ideal volcado hacia afuera. Y esta capacidad para

el sacrificio es a la vez el resultado de una sentida compenetración del hombre y sus problemas y necesidades.

De manera que el primer aspecto en la experiencia de aquellos que han entregado sus vidas a 'repetir' y a objetivar las buenas nuevas de salvación, ha sido siempre el proceso de la conversión con sus indicadas características. Pero aún ponderando sobre el asunto podemos añadir que estos individuos, no sólo han pasado por el crisol purificador de la conversión, sino que han llegado a la conclusión que el mensaje de Jesucristo es la única esperanza que tiene el hombre en su vida privada y en sus relaciones sociales. Han contemplado al mundo forcejear a través de los años en su ciega lucha por resolver problemas y garantizar el orden y la paz. Y han contemplado como todos los proyectos de los hombres en los cuales lo espiritual ha sido descartado, han sido derrumbados con la embestida de los acontecimientos inesperados de la historia. Y cada día se han convencido más y más de que lo único que puede curar a la humanidad de sus dolencias y tragedias es una nueva actitud hacia Dios y hacia los valores espirituales. Sin duda alguna el mundo quiere mejorarse, pero el mundo no se mejorará hasta reconciliarse con Dios.

Los empedernidos del plano horizontal se han empeñado en crear sus propias divisas y ejectuorias, valiéndose sólo de la suficiencia humana, y siempre han fracasado, y siemple fracasarán, por descartar de sus proyectos el imperativo espiritual que late en la naturaleza del hombre. Por eso, aquellos que se han entregado a la ardua tarea de llevar al mundo el mensaje de Jesús, no han ido en plan político, económico, o llanamente moralizador; han ido a afrontar directamente y sin reservas la gran necesidad universal: la reconciliacion con Dios . . . porque lo demas habrá de venir por añadidura.

Otra razón por la cual hombres y mujeres han sentido el mismo impulso que hizo a Pablo obedecer el mandato de su visión ha sido el glorioso mandamiento dado por nuestro Salva-

dor en su última conversación con sus discípulos: ". . . id y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mateo 28:19–20) Cristo mandó a sus discípulos, no a monopolizar las 'nuevas de gran gozo,' sino a esparcirlas más allá de las fronteras del judaísmo, y 'hasta los confines de la tierra.'

El cristiano es obediente a los mandamientos de Dios. La obediencia a El es el más puro testimonio de que le amamos. El cristiano, por gracia, recibe el tesoro del mensaje sublime y eterno; y a la vez recibe una encomienda que responde a su responsabilidad con Dios: ofrecer a otros la oportunidad de disfrutar del mismo gozo interior que él disfruta.

El misionero no es el embajador de un pueblo o una raza, sino el humilde emisario de un mensaje de paz, concordia, servicio, justicia, y redención. En otras palabras, es un embajador de Jesús.

La obra misionera no se circunscribe a predicar teóricamente el evangelio; incluye ayudar al pueblo a abrir los ojos hacia la verdad, hacia lo justo y hacia lo bueno. Por eso hay misioneros que se dedican al trabajo pastoral, otros a curar enfermos, otros a educar a la niñez y la juventud, otros a ayudar a los trabajadores a obtener mejor resultado de sus esfuerzos.

Volvamos a leer la visión de Pablo según la narra en apóstol Lucas en los Hechos de los Apóstoles. La visión del joven Macedonio llamándolo a realizar nuevas tareas en la edificación del Reino, y saquemos de su mensaje energías y vitaminas para nuestros espíritus aletargados y complacidos con el día suave que disfrutamos. Es cierto que no todos podemos lanzarnos a aventuras misioneras en países extraños. Pero no debemos olvidar que hay una voz que constantemente nos llama y nos constriñe, y nos impulsa a continuar repitiendo la bella historia de

Cristo y de su amor, mediante palabras, y sobre todo, por medio del ejemplo de nuestras vidas en nuestra conducta diaria. En este sentido todos podemos ser verdaderos misioneros. Esto a su vez despertará en nosotros una inevitable responsabilidad: la de respaldar con vivo interés las misiones extranjeras. La fórmula para realizar tal responsabilidad posee, a nuestro modo de ver, cuatro puntos esenciales. Primero: enfatizar en el programa de la iglesia, el aspecto universal del evangelio. Segundo. desarrollar un continuo y variado programa misionero que abarque todas las organizaciones de la iglesia. Tercero: Orar sin cesar por la obra misionera en todas las partes del mundo. Y cuarto: contribuir generosamente en nuestras ofrendas para seguir extendiendo en el mundo la obra de salvación.

Nunca nos cansamos de repetir aquello que nos agrada y posee para nosotros valor infinito. Quiera el Señor que cada instante de nuestras vidas sea un continuo testimonio de esa historia bella y eterna de Cristo y de su amor, y que como Pablo, nos levantemos de nuestro sueño y llevemos a otros corazones el conocimiento de Dios y la luz que emana fulgurante desde la colina ensangrentada del Calvario. Amén.

PAUSA QUE IDENTIFICA

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios . . .

I Juan 5:1

¿Quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo?

I Juan 2:22

PAUSA QUE IDENTIFICA

Mateo 16:13-20

Cuando viajamos es necesario tener nuestros papeles en orden. Si el viaje es dentro de los límites de la nación, nuestro boleto habrá de ser nuestra identificación de viajante 'bona fide'. Y si viajamos por el extranjero, nuestro pasaporte habrá de ser nuestra prueba de identificación. Haciendo un viaje, corto o largo, llegará el momento cuando tendremos que hacer una pausa para identificarnos, con el conductor del tren, con el oficial de inmigración, o con el debido oficial, cualquiera que sea. Y si no queremos pasar un mal rato, será necesario que al afrontar esta pausa de identificación, podamos responder adecuadamente a las interrogaciones pertinentes. Fallar en presentar el boleto correcto o el genuino pasaporte implicará falsa representación y tal falta conllevará su inevitable correctivo.

Caminando Jesús un día en las inmediaciones de Cesarea de Filipo, se detuvo unos instantes para demandar de sus discípulos boleto de identificación. Y al efecto lanzó dos agudas interrogaciones. La primera: ¿qué opinión tiene la gente de mí?; o como leemos en el lenguaje clásico de las Escrituras: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" La segunda: "Y ustedes, ¿que opinión tienen de mí?"; o como leemos en la versión de Cipriano de Valera: "Y vosotros, ¿quién decís que soy?"

Nada más justo para Jesús que interesarse en saber el concepto que de él se tenía. A todos nos gusta saber cómo la gente piensa de nosotros. Hay personas que llevan esto a un extremo perturbador, pero en términos generales es un índice eficaz de

nuestro interés y responsabilidad social. En el caso de Jesús el interés trasciende los límites de lo social y convencional para adquirir caracter divino y super-histórico. La preocupación del 'que dirán' a veces nos esclaviza y de vez en cuando convierte nuestras personalidades en "veletas morales", y tratando de complacer a todo el mundo nos traicionamos a nosotros mismos y no afincamos nuestras voluntades en nada sólido y creativo. Pero cuando el 'que dirán' no se basa en caprichos volubles ni en temores pueriles, cuando su fundamento está en un anhelo de conocer la verdad, lo sublime, lo que eleva, ennoblece y dignifica, entonces tal preocupación es síntoma de fecundos anhelos, de ansias de progreso, y de forcejeos redentores.

Cristo se preocupa por el 'que dirán', no para ajustarse arbitrariamente a los vaivenes de la opinión pública, sino para medir la fuerza de su impacto sobre sus seguidores y muy especialmente sobre los que con él compartían las hogazas de trigo y los manjares del cielo. El Maestro desea saber cómo el pueblo y los suyos lo han identificado. Y por eso se detiene en el camino cerca de Cesarea de Filipo a fin de precipitar una pausa de identificación.

Primero él pregunta sobre la opinión que de él tienen los hombres. Y la contestación no se hace esperar. "Unos (creen que eres) Juan el Bautista, y otros Elías, y otros Jeremías, o alguno de los profetas". (Mateo 16:14) Cristo no hace comentario alguno sobre esta variada e imprecisa contestación. Yo me imagino a Jesús sonreir comprensivamente al escuchar a sus discípulos. El comprendía perfectamente que habría de haber variadísimas opiniones sobre sus actos y su personalidad. A mí me parece que los discípulos fueron generosos con Jesús y sólo presentaron el lado positivo de la respuesta. Es cierto que muchos creían que él era "Juan el Bautista, o Elías, o Jeremías", o algún profeta revivido. Pero había otros que no tenían tan alto concepto de Jesús. Muchos de sus compueblanos lo consideraban como un carpin-

tero común, aunque con rasgos curiosos e inexplicables; y en una ocasión hasta trataron de asesinarle. El relato de este incidente lo encontramos en Mateo 13:54-57 y el Marcos 6:1-3. Sus propios hermanos lo miraban con escepticismo. Véase en torno a esto Juan 7:5. Aún algunos de sus allegados creían que él no estaba en su juicio. En Marcos 3:21 leemos: "Y como lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle, porque decían: está fuera de sí". Y en Juan 10:20 encontramos esta bastarda opinión de los que no acertaban comprender su mensaje: "Demonio tiene, y está fuera de sí; para qué lo oís"? Para muchos líderes judíos era sencillamente un exorcista peligroso, y no podía ser profeta de Dios, y mucho menos el Mesías, por provenir de la despreciable provincia de Galilea. Se le acusaba de juntarse con la peor gente del pueblo; se le acusaba de sedicioso y por tanto comprometedor de los intereses del Imperio; se le acusaba de blasfemo por decir que él y Dios eran iguales. (Léase: Juan 5:18; 10:33; 19:7).

Pero había también los que tenían un alto concepto de Jesús. "Algunos creían que era Juan el Bautista, o Jeremías, o Elías, o alguno de los muy queridos y venerados profetas de Israel". Los pobres, los humildes, los pecadores, le amaban. Los hogares sencillos y puros abrían para él sus puertas, los niños le rodeaban y le aclamaban. Para este inmenso grupo de simpatizadores Jesús era un sabio, un predicador poderoso, un enviado de Dios, y su personalidad estaba revestida de autoridad celestial. Zaqueo, Marta, María, Lázaro, Nicodemo, Magdalena, la samaritana, Jairo, los discípulos, el centurión romano, la viuda de Naín, el parálitico de Bethesda, la multitud junto a la mar de Galilea, el ciego de nacimiento, y miles de humildes seguidores tenían un alto concepto de Jesús.

A mí me parece que cuando los discípulos contestaron la pregunta de Jesús, su contestación se basó en la opinión que estos seguidores más o menos sustentaban sobre el Maestro. "Algunos

creen que eres Juan el Bautista, o Jeremías . . ." Pero Jesús no quiso hacer comentario alguno y prosiguió la plática con otra interrogación . . . Nosotros sin embargo en esta mañana debemos detenernos por breves instantes para considerar las implicaciones de lo que los discípulos afirmaron era el modo de los amigos identificar a Jesús.

Sin entrar en la exégesis detallada del versillo podemos afirmar que las palabras de los discípulos contienen una gran lección: que Cristo era considerado por sus amigos como un ser extraordinario, a la altura de los profetas más preclaros y vigorosos de la historia. El valor, la abnegación, la sinceridad y la atractiva personalidad de Jesús habían hecho tan profunda huella en la mente de estos individuos, que la comparación propia demandaba la estatura moral y espiritual de los héroes del pasado. Incapaces de compararlo con Dios, por desconocer su verdadera naturaleza, tomaban la más próxima alternativa: compararlo con los inmortales embajadores de Jehová en la historia de la raza.

Estos que así opinaban de Jesús tenían 'buena fe' y desde el ángulo espiritual estaban más cerca de la verdad que los que de plano le rechazaban. Su posición y actitud nos hacen pensar en el modo como muchas personas, a través de los siglos y en nuestros días, han venido identificando a Jesús. El ha sido considerado como un gran maestro, como maravilloso conductor de multitudes, como ardiente defensor de los débiles, como poderoso predicador, y hasta hemos oído por ahí catalogar a Jesús entre los grandes "psicólogos" de la historia. El nombre de Jesús ha sido adornado con más adjetivos que ningún otro nombre en el planeta; se han compuesto las bellas bellas selecciones musicales en su nombre; se han levantado imponentes catedrales en su honor; se han pintado los más cautivadores lienzos sobre temas "cristinos'; los poetas, los escultores, los oradores, los novelistas, los reformadores, han identificado también a Jesús, a su manera. Y el concenso de la experiencia de los siglos nos revela que la

mayoría de los admiradores de Jesús han visto en él, más o menos un "Juan el Bautista, un Jeremías, un Elías, o un gran profeta de la antigüedad". Ha habido opinión sobre Jesús, opinión bien intencionada, pero básicamente equivocada. Se ha identificado a Jesús incorrectamente, y se ha concluído por lanzarlo al montón de los héroes idos; y el mundo, por un error de interpretación ha perdido de vista el verdadero carácter del Salvador.

Una cosa que llama la atención en Hispanoaméricana es notar que en casi todas las poblaciones el templo católico se levanta con prominencia en céntrico lugar. Cuando los colonizadores trazaban planes para el establecimiento de un poblado, partían de un centro: la iglesia. A base de ese punto de referencia se trazaba el curso de las calles, la localización de la plaza de recreo, el ayuntamiento, el mercado, y todas las agencias que integran la comunidad. Ahí estaba el edificio central, el templo, y de ahí se habría de partir a los hogares y a los mil menesteres de la subsistencia. Pero el símbolo no se tornó en realidad. Los colonizadores dieron el primer paso, el paso simbólico, traducido en piedra, de reconocer la fuerza de lo religioso en las funciones sociales del hombre; pero les fué imposible tornar el símbolo en realidad porque el símbolo en sí estaba incompleto y sólo enfatizaba un aspecto limitado del mensaje trascendente de Jesucristo. El pueblo, al ver el templo en el centro del caserío, no vió más allá de lo convencional y siguió pensando en Jesús limitadamente . . . así como los de antaño pensaban que bien podría ser él "un Juan el Bautista, un Jeremías, un Elías, o un gran profeta del pasado . . . "

Ustedes y yo conocemos individuos que despiden a Jesús con una cortés expresión de reconocimiento. Para estos, el asunto de la historicidad de Jesús no es problema; aceptan sinceramente el hecho histórico de que Cristo vivió entre los hombres; pero lo aceptan como se reconoce sin titubeos la existencia de Julio César, Confucio, Cristóbal Colón, o Napoleón Bonaparte. Fichan

a Jesús entre los "inmortales", vienen a la iglesia de vez en cuando (como quien asiste a un servicio memorial) y aquí ponen punto final a su opinión del Hijo del Hombre. Para estos individuos Cristo fué grande porque 'enseñó cosas buenas', porque 'practicó y predicó el bien', porque entregó su vida por un gran ideal; y ahí se detienen por temor a exponer sus 'preciosas reputaciones' de personas prácticas.

Hay otros que van un poco más allá en su concepto de Jesús. También ustedes y yo conocemos estos casos. Son personas que no sólo aceptan la historicidad de Jesús, y su mensaje de bien, sino que engañándose a sí mismos, hacen alarde de haber comprendido a Jesús en toda su plenitud. Estos vienen regularmente a la iglesia, hacen profesión de fe, se bautizan, toman parte activa en todas las actividades de las varias organizaciones, por su "consagración' son hasta nombrados diáconos y maestros de la escuela dominical; y luego, el día menos pensado, 'sin saber por que', desaparecen y no se les ve más en la congregación 'ni en pintura'. ¿Qué ha sucedido? La razón es sencilla: estas personas nunca identificaron a Jesús del legítimo modo; dijeron 'Señor, Señor', pero no vieron el reino de los Cielos. Compartieron la comunión de los santos, pero a causa de haber tenido los ojos del alma cerrados, en su interior siguieron viendo a Jesús sencillamente como un "Juan el Bautista, o un Jeremías . . . " Su propia complacencia, su snobismo intelectual, no les permitió dejar a Cristo explorar sus castillos interiores. Tal actitud nos recuerda esta inscripción anónima en una de las lozas de la Catedral de Lubeck, en Alemania:

Me llamas Maestro, y no me obedeces;
Me llamas Luz, y no me ves;
Me llamas Camino, y no me sigues;
Me llamas Vida, y no me deseas;
Me llamas Sabio, y en mi no fías;
Me llamas Bueno, y no me amas;

Me llamas Rico, y no me pides;
Me llamas Eterno, y no me buscas;
Me llamas Noble, y no me sirves;
Me llamas Poderoso, y no me honras;
Me llamas Justo, y no me temes;
Si te condeno, no me culpes.

En medio de sus pródigos servicios Cristo se detuvo a la vera del camino y pidió boleto de identificación. La primera pregunta permitió a los discípulos describir el concepto que del Maestro tenían muchos de sus amigos y seguidores. Pero la respuesta no satisfizo al Maestro; era incompleta, injusta, equivocada. Entonces, dirigiéndose a ellos les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Ahora la entrevista toma carácter directo, personal, concreto. No está interesado Jesús en saber 'lo que dicen los hombres', sino en lo que dicen sus discípulos, sus íntimos seguidores.

Siempre nos interesa el 'que dirá' la gente de nosotros; pero más nos interesa la opinión que de nosotros tienen nuestras más íntimas relaciones. Por no manchar el nombre de la familia, o de nuestro grupo social, pensamos con cuidado nuestras acciones, no escatimamos en privaciones y vamos con gozo al sacrificio. Y el ciudadano responsable repite con Addison. "Mejor es morir diez mil veces antes que herir el honor". Corre en nuestra sangre el vital deseo de que se nos estime en alto, de que los nuestros nos miren con sano orgullo. Decimos como el autor del Eclesiastés, "mejor es la buena fama que el buen ungüento..." (Eclesiastés 7:1).

Está en la naturaleza del hombre demandar que se reconozcan sus méritos. Nos gusta que se nos identifique correctamente. Y Cristo no se sale de la órbita de lo natural al requerir el concepto que de él tenían sus familiares del espíritu. Y al lanzar la interrogación, Pedro responde con firmeza y seguridad: "Tú eres el Cristo, el hijo del Dios viviente".

Pedro ha identificado a Jesús correctamente. La verdad es

una, y Pedro ha dicho la verdad. La verdad es el fundamento del genuino conocimiento, y Pedro ha identificado al Maestro, lo ha conocido, al pronunciar el postulado más acabado y penetrante de los siglos. A la vez Pedro ha conquistado una formidable victoria en el terreno de la libertad. Ha libertado a los sofísticos intérpretes de Jesús, de sus falsas apreciaciones. Su identificación, cristalina y contundente, ha derrumbado las compuertas que limitaban a los arbitrarios intérpretes del Salvador: "Y conocereis la verdad, y la verdad os libertará".

He aquí la respuesta de Jesús a las sabias palabras de discípulo: "Bienaventurado eres Simón, Hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, mas mi Padre que está en los cielos". Es decir, bienaventurado eres porque has dicho una verdad que va más allá de los límites estrechos del hombre, verdad que emana de la fuente imperecedera de la eterna Realidad.

Pedro no tuvo que buscar en los anales de la cultura grecoromana, ni en la lógica fría de los racionalistas, la facultad para declarar al mundo la verdadera identidad de Jesús. Fué una revelación de fe, misteriosa para el escéptico, pero real, bella y maravillosa para el sabio de humilde corazón.

La confesión de Pedro identifica a Jesús con el propósito de Dios para el hombre, y con su gracia y poder de dimensiones infinitas. Pedro ofrece en sus cortas palabras, en su breve pausa de identificación, dos axiomas innegables. Primero, que Cristo es el hijo de Dios, es decir, Dios hecho hombre; que él es más que Juan el Bautista, más que Jeremías, más que Elías, y más que cualquier ser humano, por grande que éste sea. Cristo es Dios manifestado concretamente en la historia y en el trajín de la vida. Si queremos ver a Dios en forma de bebé, vamos al establo de Belén; si queremos ver a Dios en forma de niño, vamos al Templo o al hogar en Nazareth; si lo queremos ver como un joven preparándose para su vocación, vamos a las riberas del Jordán; si queremos ver a Dios en forma de humilde trabajador,

vamos al taller de carpintería de José; si lo queremos ver como amigo sincero, vamos al hogar de Betania; si como Maestro, subimos al monte y le oímos enseñar; si queremos ver a Dios en forma de hombre tentado por la carne y el demonio, vamos al desierto; si queremos ver a Dios como hombre de amarguras, lo vemos llorando sobre la Jerusalem corrompida; si queremos ver a Dios en dolores de agonía, vamos al Calvario; y si queremos ver a Dios todopoderoso, vencedor de la muerte y el pecado del mundo, contemplamos la tumba vacía y recordamos las palabras de esperanza: "Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque haya muerto vivirá".

El otro axioma que entraña la confesión de Pedro es el siguiente: que Cristo es el Mesías prometido, "aquel a quien habíamos de esperar". El es la realización de la promesa de Dios para redención de un mundo en oscurantismo a causa del pecado. No hay nada más allá de Jesús. En él se realiza la suprema perfección, en él se funden las más encumbradas esperanzas del hombre. Cristo es el cumplimiento de la profecía, la realización del sumo Bien. Al decir de Horace Bushnell: "La vida y el caracter de Jesús son evidencia de sus palabras 'he venido da arriba'. Desarrollándose como un una flor, desde el germen hasta el perfecto florecimiento, creciendo hasta entrar en las grandes escenas de la vida y tomar parte en las grandes pruebas de su ministerio, en completa armonía con sí mismo, siendo Cordero en la inocencia, y Dios en la majestuosa dignidad. Proclama las más arriesgadas pretenciones sin seña de orgullo o falsa modestia. Sufre, ofreciendo un ejemplo sin igual de paciencia y comprensión. Se propone desarrollar un plan, universal en extensión, perpetuo en el tiempo, para unir a todas las naciones bajo el palio de la rectitud, como ningún maestro hasta la fecha lo ha hecho. En su método de enseñar es completamente original, presenta profundas doctrinas en forma sencilla, establece un tipo de moralidad hasta entonces desconocidos; desligado de toda superstición profesa

intensa devoción por la verdad. Finalmente se agiganta en sabiduría y santidad mientras más lo conocemos. Este es Jesús, el Cristo".

Este Jesús, el Cristo, el Hijo del Dios viviente, no es médico, pero tiene potestad sobre toda dolencia humana; no es estadista, pero en sus principios descansa toda legislación sabia; no es escritor, pero es la más insigne motivación de los más geniales escritores; no es poeta ni músico, pero su personalidad llena al mundo de armonía, ritmo y belleza; no es arquitecto, pero delínea y construye fortalezas del espíritu; no es político, pero en su mensaje se halla la única esperanza de paz entre los pueblos; no es psicoanalista, pero conoce lo íntimo de nuestros corazones; no es investigador de laboratorio, pero su sabiduría trasciende las limitaciones de la ciencia; no es filósofo, pero en él descansan los secretos de la vida y el universo.

En estos momentos en que así meditamos sobre Jesús el Cristo, se impone la necesidad de detenernos, en medio de la brega diaria, para hacer una 'pausa que refresque" nuestros espíritus, preguntándonos corazón adentro: ¿Qué creo yo de Jesús? ¿Es él para mí un Juan el Bautista, un Jeremías, un Elías, o algún gran personaje histórico? O ¿es él en mi vida el cumplimiento de la promesa divina, el manantial de la armonía y la consolación, el embajador de la eternidad: en otras palabras, Dios hecho hombre para mi salvación? Venimos a la iglesia domingo tras domingo, cantamos bellas melodías de alabanza, oramos juntos y juntos leemos las Santas Escrituras, y mencionamos el nombre de Jesús con tanta frecuencia que estamos corriendo el peligro de perder de vista su único significado por asumir una actitud de 'cosa rutinaria' al mencionarle. Urge una pausa que identifique a Jesús una vez más; necesitamos un re-examen de nuestro concepto de Jesucristo.

Bendición más grande no podrá venir sobre nosotros que identificar a Jesús como la fuente de la "vida en abundancia'.

Jamás estaremos solos y abatidos, aunque todos nuestros amigos nos hayan abandonado . . . porque Jesús estará con nosotros . . . y él es Dios. No habrá desesperación en nuestra almas, aunque las tinieblas nos circunden . . . y en medio de la oscuridad sentiremos su presencia. Hablaremos con él, y él prestará oído a nuestras palabras. Su divina presencia ennoblecerá nuestros talleres, nuestras oficinas, nuestras escuelas, nuestros hogares. Comerá con nosotros, partiendo con nosotros el pan cotidiano. En la noche, al despertar, lo sentiremos cerca . . .

Lo días amargos en que vivimos requieren de cada uno de nosotros una revaluación de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Es preciso, al decir de Reinhold Niebuhr, reconocer que el principio del amor cristiano es un reto y un juicio constante. Jesús lanza el reto en estos momentos, y nos pregunta una vez más: ¿Quién decís vosotros que soy yo? Oremos, hermanos míos, para que nuestras vidas testifiquen la respuesta . . . y que ésta sea la misma de Pedro en el camino de Cesarea de Filipo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". *Amén.*

ANTE LAS CURVAS DE LA VIDA

"Doy gracias al que me fortificó, a Cristo Jesús, nuestro Señor".

I Timoteo 1:12

ANTE LAS CURVAS DE LA VIDA

"...en todo y por todo estoy enseñado, así para hartura como para hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece".

Filipenses 4:12-13

No importa si somos ricos o pobres, sabios o ignorantes, religiosos o anti-religiosos, tarde o temprano nuestras vidas tomarán ciertas 'curvas' inesperadas e inevitables. Como bien reza el decir popular, "a nadie le salen todas las cosas como quiere". Siempre se presentan circunstancias que nos hacen cambiar de curso y modificar nuestros planes y nuestras perspectivas. A veces, careciendo de visión, delineamos nuestras aspiraciones tan rígidamente que al afrontar los primeros imperativos de modificación, perdemos los entusiasmos, decaemos en acometividad, y nos sumergimos en funesto pesimismo.

El secreto de la vida feliz consiste en poseer el don espiritual que nos capacita para afrontar serenamente, con fe y esperanzas creadoras, lo adverso e inesperado. El buen "chauffeur' no es el que tomando el volante pisa el acelerador y hace que su automóvil, en carretera llana y sin curvas, desarrolle alta velocidad; buen "chauffeur' es aquel que teniendo perfecto dominio de su máquina puede conducir su carro con seguridad por la serpentina de las carreteras entre montañas y precipicios. Saber tomar una curva es necesario al manejar un automóvil; pero es aún más necesario e importante en la delicada tarea de encauzar toda una vida por los caminos inciertos que el mundo a diario ofrece.

La vida es a la larga, una cadena de problemas, es decir, una

sucesión interminable de retos. Hay problemas pequeños, alternativas de poca cuantía, que a diario despachamos con decisiones más o menos automáticas. Pero se nos presentan de vez cuando graves problemas, situaciones decisivas, 'curvas de horquilla' en el camino del vivir, que nos obligan, no sólo a re-examinarnos con honradez, sino hasta a cambiar de pautas en nuestras relaciones y aspiraciones. ¿Cuál es, en su último análisis, la razón básica del suicidio? ¿No es acaso que el hombre, frente a una estrecha curva, se ha detenido y no ha tenido fuerza espiritual para avanzar hasta ella y sometióndose a su estrechez, lanzarse a descubrir lo que hay al otro lado? Nos cuenta el místico Rufus Jones de un valle en Suiza llamado 'El Fin del Mundo'. (Das Ende der Welt) Una imponente montaña se levanta majestuosa ante la apacible serenidad del valle . . . y aparentemente 'hasta aquí se puede llegar'. Algo así como *'el fin del mundo'*, conllevando la parodia dantesca de 'el que llegue a este punto debe abandonar toda esperanza'. Pero al pie de la montaña austera se esconde tímidamente entre frondosa arboleda, una humilde posada. Y los caminantes curiosos que se han atrevido llegar hasta 'el fin del mundo', mientras reponen sus fuerzas en el hospitalario albergue, descubren una veredita que en múltiples zig-zags conduce hasta el otro lado de aquel monte que parecía inviolable. Y lo que aparentaba ser el fin, se torna en comienzo feliz de nuevas aventuras.

Demos un rápido vuelo sobre los caminos de nuestras vidas y tomemos nota de sus innumerables curvas. No podríamos mencionarlas todas, aunque quisiéramos; sin embargo apuntemos algunas de las más conocidas por todos nosotros.

Supongamos que es usted padre de familia, ejemplar esposo, buen trabajador, y que de la noche a la mañana se ve 'en la calle', sin empleo, y víctima de espantosa miseria . . .

O supongamos que un accidente lo sorprende a Ud. y lo obliga a guardar cama por semanas, o meses . . . o que el accidente

le haya dejado como marca la mutilación de un miembro del cuerpo . . .

Supongamos que por 'un acto cometido a la ligera' se vea Ud. con la reputación perdida . . .

Supongamos que su hogar, hasta ayer nido de amor (ayer, cuando sus hijos eran pequeños y había una sabia inter-relación entre el amor y la disciplina) se torna en campo de luchas, insultos y disenciones . . . o supongamos que usted, su esposa y sus hijos hayan perdido el arte de vivir juntos y hayan convertido el hogar en centro de tensiones y discordias.

Supongamos que su 'mejor amigo' el día menos pensado, y cuando Ud. más lo necesita, lo traiciona abiertamente . . .

Supongamos que es usted un joven estudiante, lleno de ideales, y que por razones de dinero o de salud se ve obligado a abandonar su carrera . . .

Supongamos que nosotros, como evangélicos, somos perseguidos a causa de nuestra fe, por gratuitos enemigos, fanáticos e intolerantes . . .

Supongamos que la muerte se interponga en nuestro círculo de familiares y amistades . . .

El panorama de las curvas de la vida se amplía a medida que estudiamos detenidamente la experiencia individual de cada hombre y cada mujer. Pensemos en la curva de la calumnia. ¡Cuántas personas ustedes y yo conocemos que han sufrido amargamante a causa del falso testimonio! ¡Y la curva del que cae en pecado! La curva del que hasta ayer fué recto pero hoy ha sido débil ante la tentación . . .

No hermanos míos, la vida no es una línea recta. Tarde o temprano lo inesperado se interpondrá a nuestro paso y nos obligará a cambiar de dirección. Dios tiene un supremo propósito para cada uno de nosotros; pero a nosotros, tomando caminos distintos, nos es necesario encauzar el corazón con certidumbre y firmeza, por la senda misteriosa del vivir. Las curvas que se

presentan a nuestro paso son muchas, como ya hemos visto: reveses económicos, enfermedad, accidente, muerte de seres amados, problemas intimos del hogar, el honor manchado, pérdida de ilusiones, desencanto en la amistad, aspiraciones truncadas, persecusión, el sufrimiento de los inocentes, la guerra y sus trágicos concomitantes, la humillación, la calumnia, el desprecio, la caída en pecado . . . y la lista, a decir verdad, no tiene fin.

Pensemos en la razones y actitudes que el hombre ha desarrollado tradicionalmente con relación a las amargas e inesperadas situaciones con que a diario se tropieza. Tenemos a aquellos que ciegamente niegan la existencia de tales acontecimientos, para quienes todo es ilusión de la mente mortal del hombre. Actitud escapista que desafiando hasta al sentido común, evade la responsabilidad de afrontar tan capital problema. Luego vienen los cínicos y pesimistas diciéndonos: "¡Qué se va a esperar, esa es la vida! No hay ningún Dios, y si lo hay debe ser un tirano". Otro grupo dirá: "Olvide usted, si puede. Coma, beba, alégrese, la vida es corta y lo que importa es pasarla bien". Son estos los que frente a las curvas decisivas cobardemente se refugian en la copa de licor y en la consecusión desenfrenada del placer. Y otros con pose pseudo-filosófica argüirán: "Ese es nuestro destino, y aunque no nos guste tenemos que sufrirlo y aceptarlo".

Pero hermanos y amigos míos, el evangelio de Cristo, ni evade la responsabilidad ni pretende restarle realidad a los trances críticos del vivir. El lenguaje símbolico y altamente significativo del libro de Revelación nos ofrece el siguiente cuadro: " . . . he aquí una gran compañía la cual ninguno podía contar, de todas las gentes y linajes y pueblos y lenguas, que estaba delante del trono y en la presencia del Cordero, con ropas blancas y palmas en las manos; y clamaba en alta voz diciendo: Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban alrededor del trono, y de los ancianos y los cuatro animales; y postrándose sobre sus rostros delante del trono,

y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría, y la acción de gracias y la honra y la potencia y la fortaleza sean a nuestro Dios para siempre jamás. Amén. Y respondió uno de los ancianos diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Y yo le dije: Señor, tú sabes. Y él me dijo: Estos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está sentado en el trono tenderá su pabellón sobre ellos. No tendrán más hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni ningún otro calor. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas, y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos" (Rev. 7:9-17).

El poder de Cristo nos capacita para afrontar las grandes tribulaciones, las curvas decisivas de la vida, y las incertidumbres del diario batallar. El apóstol Pablo en su carta a los Filipenses ofrece el siguiente testimonio: " . . . en todo y por todo estoy enseñado, así para hartura como para hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". (Filipenses 4:12-13) Nuestro hermano el apóstol estaba preparado para afrontar cualquier curva de la vida, no a causa de sus recursos humanos, sino por la fortaleza espiritual, por el poder de Cristo que lo poseía.

El Nuevo Testamento no habla de la eficiencia del hombre, pero constantemente enfatiza la potencia de Cristo y la suficiencia de Dios. "¿Comenzamos otra vez a alabarnos a nosotros mismos? O, ¿tenemos necesidad, como algunos, de letras de recomendación para vosotros, o de recomendación de vosotros? Nuestras letras sois vosotros, escritas en nuestros corazones, sabidas y leídas de todos los hombres. Siendo manifiesto que sois letra de Cristo administrada de vosotros, escrita no con tinta, mas con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas

de carne del corazón. Y tal confianza tenemos por Cristo para con Dios: no que seamos suficientes de nosotros mismos... sino que nuestra suficiencia es de Dios". (II Corintios 3:1-5)

Nos es necesario llegar a Dios a través de Jesucristo si nos proponemos 'estar enseñados' para los múltiples reveses en que tarde o temprano nos habremos de encontrar. No podemos afrontar con serenidad los múltiples retos de la existencia si confiamos sólo en nuestras fuerzas. La desesperación es hija de la insuficiencia humana. Si hay tanto desesperado y abatido en estos mundos se debe esencialmente a que han agotado todos sus recursos humanos y no han dado el paso siguiente (es decir, no han tomado la única alternativa que salva) aceptar a Jesucristo como el único amparo y fortaleza, como el único dador de vida en abundancia.

Nos cuentan los Evangelios de dos hombres que tuvieron que afrontar curvas decisivas: Pedro y Judas. Pedro traicionó abiertamente a Jesús, lo negó sin escrúpulos ante una partida de enemigos, cayendo estrepitosamente en el abismo del pecado. Pero Pedro afrontó la curva cerca del Maestro, y cuando éste 'lo miró', salió 'y lloró amargamente' su debilidad. Aquel episodio fué crisol que purificó su alma, fué revelación de lo alto que perfeccionó su corazón y despertó en él sus dormidas potencialidades. Pero Judas, el 'hombre práctico', el sofisticado negociante, con el beso funesto de la traición se alejó para siempre de Jesús, y terminó como terminan los desesperados sin Dios, en un acto violento de destrucción.

En el Evangelio según San Lucas hallamos otro ejemplo de 'curvas' en la vida. Cristo, relatando la parábola del Hijo Perdido (más comúnmente conocida como "El Hijo Pródigo) traza con suprema habilidad dos experiencias decisivas en dos hombres de edades distintas, de ideales diferentes, y de fibra espiritual diametralmente opuesta. El padre, anciano venerable, caballero de la fe, sufre el golpe de ver partir a su hijo hacia tierras lejanas.

El no es responsable de los ímpetus aventureros de su hijo y rehusa imponerse ante la voluntad del joven caprichoso. Pero cuando su hijo se aparta del hogar paterno 'con la parte de la hacienda que le correspondía', el buen anciano, con lágrimas en los ojos contempla dolorosamente el largo camino de lo desconocido que poco a poco se va tragando al hijo de su corazón. Curva dolorosa para este padre bueno, muy parecida a situaciones frecuentes en nuestros días. Hijos que se ausentan del hogar, voluntaria o involuntariamente, dejando un hueco difícil de llenar, hueco llenado una y mil veces con lágrimas y amargura. Pero el padre de nuestra historia se valió del dinamismo de la fe. Entristecido vió a su hijo partir, pero no se resignó a la derrota. Día tras día sus ojos se hundían en el horizonte, detenía su mirada en cada viajero del camino, lleno de esperanzas, sabiendo que algún día su hijo amado regresaría. Y aquella situación deprimente, aquella curva de la vida, tomada con fe y esperanzas vivas, fué compensada con gozo divino al un día contemplar desde lejos que su hijo, el hijo perdido, regresada al seno del hogar. El hombre que pone sus problemas en las manos de Dios, aquel que repite con Pablo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece", posee la virtud de afrontar las más agudas crisis y salir colmado de victoria.

Al otro lado tenemos al hijo, muchacho inexperto, caprichoso y temerario, que cree que los métodos de su padre son demasiado atrasados, y desea "modernizarse". Se va a correr fortuna 'porque le da la gana' ... y partiendo a una provincia apartada desperdicia su 'hacienda' viviendo perdidamente. Y por confiar en su eficiencia, olvidando los innumerables recursos de la suficiencia de Dios, cae en pecado: la curva trágica donde muchos se despeñan en el precipicio de la muerte. Por confiar demasiado en sus escasas habilidades humanas se ve frente al barranco de Satanás. Pero para éstos, como para el hijo perdido, aún brilla una luz de rescate y salvación. El joven de nuestra historia se reivin-

dica, pasa el trance agudo, aceptando el imperativo de un proceso inevitable: el arrepentimiento. Y volviendo arrepentido al hogar paterno, recibe la compensación amorosa del perdón.

No podemos cerrar nuestra meditación sin mencionar, aunque sea brevemente, la responsabilidad de la iglesia ante el asunto que nos preocupa. En la Epístola a los Gálatas leemos: "Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas tambien tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. Porque el que estima de sí que es algo, no siendo nada, se engaña. Así que cada uno examine su obra y entonces tendrá gloria sólo respecto de sí mismo, y no en otro . . . No os engañeis, Dios no puede ser burlado, todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; maş el que siembra para el espíritu, del espíritu segará vida eterna. No nos cansemos pues de hacer bien, que a su tiempo segaremos si no hubiéremos desmayado. Así que, entretanto que tenemos tiempo, hagamos bien a todos, y mayormente a los domésticos de la fe". (Gálatas 6:1-10)

La iglesia ofrece la oportunidad de la comunión con Jesucristo y la confraternidad de los hermanos. Su mensaje es el eco de la invitación de Jesús: "Venid a mí todos los que estais trabajados y cargados y yo os haré descansar". "La vida de una congregación viviente es su vida vivida con Dios en la adoración, en el escuchar la Palabra, en oración e intercesión. Las señales de que está viva son la regularidad del culto común de sus miembros, el amor abnegado y transformador entre ellos, su disciplina fraternal, devoto servicio a la sociedad, el estudio de las Escrituras, y el espíritu misionero". (De: Misión Mundial de la Iglesia. Pág. 39) En la Carta a los Efesios leemos: " . . . Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, limpiándola en el lavacro del agua por la palabra; para presentársela gloriosa

para sí, una iglesia que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha". (Efesios 5:24-27)

La maravilla del Evangelio consiste en tener una contribución inigualable que hacer al espíritu del hombre, no importa la situación en que este se encuentre. Su mensaje es universal y no reconoce fronteras. No hay problema en la vida en el cual el Evangelio no pueda ofrecer su ayuda incomparable. Y la iglesia, como agente activo de Dios y el Hijo Unigénito, carga la responsabilidad de traducir en términos prácticos, y adaptables a todas las 'curvas' del sendero humano, los frutos del espíritu de que nos habla el apóstol en su Carta a los fieles de Galacia, a saber: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, y templanza . . . 'contra cuales cosas no hay ley'.

Nos decía una noche el entusiasta hermano de Brooklyn, Don José Toro: "La iglesia, hermano, no es un tribunal; es un hospital de almas . . ." ¡Mucha razón tenía el amigo! No hemos sido puestos para juzgar sino para dar testimonio del Evangelio de Jesucristo. No olvidemos 'sobrellevarnos los unos a los otros'. Seamos sabios con la juventud, amonestando con sabiduría divina y con la tolerancia y el amor del Salvador. Debemos velar los unos por los otros, pero nunca 'velarnos' unos a otros.

Habrá momentos en que creeremos haber llegado al 'fin del mundo', instantes cuando la fe, la esperanza y la serenidad creadora al huir de nosotros nos dejarán en crisis. Curvas se presentarán a nuestro paso y nos harán titubear. Los 'misterios' del vivir pondrán a prueba nuestra consistencia espiritual. Por eso no hay que olvidar que la fórmula del gozo y la victoria se encierra en el testimonio del apóstol: "...en todo y por todo estoy enseñado, así para hartura como para hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad, porque TODO LO PUEDO EN CRISTO QUE ME FORTALECE". *Amén.*

FIN

Prim 2
123

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01028 8803